

POR EL SOTANO Y EL TORNO

de: TIRSO DE MOLINA

PERSONAJES

DON FERNANDO	DOÑA MELCHORA
DOÑA BERNARDA	MARI-RAMIREZ
DON DUARTE	OLONIA
DOÑA JUSEPA	UN ESTUDIANTE
DON LUIS	UN BARBERO
PACHICO	RAMOS
ALVARADO	RINCON
SANTAREN	CAMINANTES
SANTILLANA, VEJETE	Carteros

(La escena en las inmediaciones de la venta de Viveros en Madrid)

ACTO PRIMERO

(Camino de Madrid a Alcalá a vista de la venta de Viveros.)

ESCENA I

RINCON, POLONIA, RAMOS, DOÑA BERNARDA, DOÑA JUSEPA y CAMINANTES, todos dentro.

(Suena ruido de carros.)

RINCON: ¿Atascóse en el barro? ¡Ahí mil diablos con el coche y carro! ¡Voto a Cristobalillo! Desunce aquesas mulas, picarillo. Una vez que me apeo, todo va con el diablo. ¡Hola! Poleo, prestadme las reatas.

POLONIA: ¡Ay, que se vuelca!

RAMOS: Pónganse de patas; apéense, señores. ¡Cuerpo de Cristo! ¡el tiempo es para flores!

MUCHAS VOCES: ¡Jesús, Jesús!

UNA VOZ: ¡Ay cielos!

RAMOS: ¡Ah! Maldigan los diablos mis agüelos. Desunce. ¿Qué reculas, Perico, que se ahorcan esas mulas?

(Ruido de volcarse un carruaje.)

RINCON: Corta camellas, putó. ¡Qué se te vuelque el coche por lo enjuto! Dáte prisa, desata.

UNA MUJER: ¡San Diego, qué me ahora, que me mata!

UN HOMBRE: Quítenme aqeste peso.

DOÑA BERNARDA: ¡Jesús! ¡Madre de Dios, del Buen Suceso!

RAMOS: Sosiéguese: ¿Qué llora?

DOÑA JUSEPA: ¡Ay, Dios!

POLONIA: ¡Ay, que se muere mi señora! Rompan ese encerado.

DOÑA JUSEPA: Favor, señor hidalgo.

ESCENA II

Don Fernando - Dichos.

DON FERNANDO: (Dentro.) ¡Hola! Alvarado. Tenme de aqeste estribo.

DOÑA JUSEPA: (Dentro.) ¡Murió mi hermana!

UN HOMBRE: (Dentro.) De milagro vivo. (Salen ahora, y saca Don Fernando en los brazos a Doña Bernarda, desmayada; síguenle Doña Jusepa, Polonia, Alvarado, carreteros, un estudiante y otros caminantes.)

25-abril-66 18/11/36
 MDRS
 JUS x e
 RPS x e
 MARIO MULTIDISCIPLINARI
 EMILIO GONZALEZ
 FACULTAD DE HUMANIDADES
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
 RECINTO DE RIO PIEDRAS

DOÑA JUSEPA: ¡Hermana de mis ojos!
 DON FERNANDO: No eclipsen tanta luz vuestros enojos; que no es éste accidente, sino un breve desmayo; fácilmente, volverá, a lo que espero. (A su criado.) Corre, Alvarado, llama a ese ventero, y pídele una cama en que restaure pulsos esta dama.
 RINCON: En venta del Viveros, ¿piden camas o pulgas, pasajeros?
 DON FERNANDO: Vamos, señora, vamos; que no será esto nada. (Vanse a la venta Don Fernando llevando a DOÑA BERNARDA, y tras él DOÑA JUSEPA, POLONIA, ALVARADO, y los caminantes.)
 ESTUDIANTE: Rincón, Ramos, cosarios complutenses, la corte gozaremos por seis menses, hasta que por San Lucas (A uno de ellos.) a versar sus escuelas nós reducas.
 RAMOS: Mal lo pasó la viuda.
 RINCON: A costas todo un coche, ¿quién lo duda?
 ESTUDIANTE: Ella va desmayada.
 RINCON: Mas que reviente. -Hola, a dar cebada y prevenir la olla; que hemos luego de uncir.
 ESTUDIANTE: ¿Habrá una polla?
 RINCON: En los naipes hay hartas.
 ESTUDIANTE: El porte pago siempre desas cartas; mas cenemos primero, y luego jugaremos el dinero, reliquias que han quedado del curso y cierto voto sobornado.
 RAMOS: Pintillas juego.
 RINCON: Vamos.
 ESTUDIANTE: Húrgame la viudilla, hermano Ramos.
 RAMOS: ¿Le hurga?
 ESTUDIANTE: Me fatiga.
 RAMOS: ¿Qué es cochero en latín?
 ESTUDIANTE: ¿Cochero? Auriga. (Vanse.)

ESCENA III

DON FERNANDO, POLONIA

DON FERNANDO: Volvió en sí vuestra señora. No hay peligro que temer. Que repose es menester. Mientras que descansa, agora quisiera saber de vos quién es, y de dónde viene.
 POLONIA: A quien tal cuidado tiene de socorrer a las dos, no hay secreto reservado; que sois muy gentil ayuda. Es la desmayada viuda, que vestes en tal estado, el sol de Guadalajara, y hermana de la doncella, que, llorando, dama y bella, hechizos vende en la cara. Mala servido de madre desde el día en que nació, porque de parto murió la suya, y están sin padre. Vala a casar a Madrid con setenta años, dorados de más de cien mil ducados, de un viejo, hermano del Cid, que en más de treinta la dota; y a la viuda ha prometido, porque la tercera ha sido, para la primera flota (que es el novio perulero) diez mil pesos ensayados, con que olvidando cuidados del matrimonio primero, busque nueva compañía. En fe de la cual promesa, aunque a la niña le pesa mezclar con su sangre fría la de edad tan floreciente, calla y sigue el parecer de su hermana, por no ser a su gusto inobediencia. Partióse el viejo a Sevilla, adonde la flota aguarda, y nuestra Doña Bernarda va a Madrid, en cuya villa el viejo le ha puesto casa, y mil malas le envió: Soy esclava suya yo, y entre tanto que se casa, dicen que Doña Jusepa tan encerrada ha de estar, que el sol no la ha de mirar por más entradas que sepa; porque es nuestro setentón quinta esencia de los celos; que todos novios aquellos mueren desta contagión. Alquiló en Guadalajara nuestra viuda ayer un coche; salimos a media noche; y porque el viejo repara en que pariente o vecino su casa en Madrid no sepa (tanto guarda a la Jusepa) nos pusimos en camino, sin admitir compañía de deudos ni de criados; y estos amigos

información para
 público vía don
 ramon

honrados, que de la carretería cosarios llama Alcaló, como caminan al trote, al vadear a Torote nos alcanzaron poco ha. Volcóse al bajar las cuestas el nuestro, y Doña Bernarda la muerte oprimida aguarda con toda la carga a cuestas. Llegastes, y su desmayo de tal modo socorristes, que, después de Dios volvistes a su primavera el mayo. Veis aquí la letra en suma, de lo que gustáis saber, y a mí me importa volver allá, dentro, no presuma que he dado tan mala cuenta de lo que se me encargó. Mas, ¿cuándo no peligró secreto o dinero en venta?

DON FERNANDO:

No os vais, esperad un poco.

OLONIA:

Temo tempestad de truenos y rayos, si me echa menos Doña Jusepa.

DON FERNANDO:

Estoy loco después que en los brazos tuve el sol que luz vino a darme, y si dejó de abrazarme, fué porque sirvió de nube aquel desmayo Faetón, de mis dichas fundamento. No me ha dejado contento vuestra breve relación: haced que saberla pueda mi amor en particular.

OLONIA:

No es cómodo este lugar.

DON FERNANDO:

Serálo aquella alameda, teatro de semejantes sucesos.

OLONIA:

¿Y si me llama mi señora?

DON FERNANDO:

Está en la cama.

OLONIA:

¡Extraños sois los amantes!

DON FERNANDO:

Diréisla que en prevenirla algún regalo que cene os ocupasteis.

OLONIA:

No pene vuestra alma, si por oírla padecéis: vaya de historia.

DON FERNANDO:

¡Ay viuda hermosa!

OLONIA:

En cuidado os puso. Al sitio aplazado me seguid.

DON FERNANDO:

Será notoria si acaso con el favor vuestro. la merezco hablar...

OLONIA:

En aquesto del terciar, tengo cartujo el humor. No soy tercera persona.

DON FERNANDO:

Mis dádivas dispondrán el cómo.

OLONIA:

¡Ay, pobre galán! ¡Qué blando sois de carona!

(Calle de las Carretas en Madrid: A un lado una posada y a otro la casa de Doña Bernarda y Doña Jusepa.)

ESCEÑA IV

Posada de ↓

DON DUARTE Y SANTAREN, de camino; MARI-RAMIREZ.

MARIA:

No dejaré de abrazalle si me queman.

SANTAREN:

No haya miedo, que ni en Madrid, ni en Toledo, cuando le abrace en la calle, chamusquen por tal pecado.

MARIA:

¿Cómo viene vuesauncé?

DON DUARTE:

Con calor.

MARIA:

Hácelo a fe: sea mil veces bien llevado. ¡Oh! ¡Qué sala que le tengo fresca, curiosa y renada!

DON DUARTE:

Siempre lo es vuestra posada: por eso con gusto vengo a ser vuestro huésped. Hola, descálzame estas espuelas y botas; saca chinelas; desabrócame esta gola.

MARIA:

¿Cómo le ha ido en su tierra? Señor padre, ¿cómo está?

DON DUARTE:

Pena la gota le da, y la vejez le hace guerra; pero en lo demás, salud goza, a Dios gracias.

MARIA:

Le tengo amor, porque a verle vengo copiado en la juventud que en vuestra merced gozamos. Mil años le guarde Dios, y salgan ambos a dos con el pleito que esperamos.

DON DUARTE:

¿Cómo está vuestro marido?

DONA MARIA:

Este negro mal de ijada le da vida aperreada; a la muerte le he tenido.

DON DUARTE:

¿Quéhay de damas?

MARIA:

Eso sí, que es profesión que me toca. Yo le juro que no hay poca abundancia.

Advarción

cambio espacio y tiempo

DON CUARTE:

¿Cómo así?

MARIA:

Como sobran invenciones, por ser los dineros alas de amor, y para sus calas no vienen los galeones.

DON CUARTE:

La Mari-Pamirez es pieza de rey.

MARIA:

Pelo sido: todo caballo escondido sirve de rocín después, que lleva a moler harina. Yoza me vi, y hartas veces admiraron mis jaeces: ya el tiempo me hizo rocina. Por muchas honradas pasa: pues no estoy para ruar, quiero harina acarrear, con que aparroque mi casa, siquiera por el salvador.

ESCEÑA V

DON FERNANDO -Dichos.

DON FERNANDO:

(Dentro.) Ten de aquí.

DON CUARTE:

Huéspedes vienen.

MARIA:

Tal regalo en casa tienen.

(Sale Don Fernando.)

DON FERNANDO:

Lleva esa mula, Alvarado, al mesón, y vuelve presto.

DON CUARTE:

¡Don Fernando!

DON FERNANDO:

¡Don Cuarte! No os juzcaba yo en tal parte. ¿Vos en la corte? ¿Qué es esto?

DON CUARTE:

Pleitos que no he concluido, me vuelven acá.

DON FERNANDO:

Decid que hermosuras de Madrid.

MARIA:

Sea vuesancé bien venido.

DON FERNANDO:

¡Oh huésped! Remozando os vais siempre. ¿Cómo va?

MARIA:

Pasar: nuestro viejo está mejor, señor Don Fernando.

DON FERNANDO:

Es huésped antiguo nuestro.

MARIA:

Dos años ha en buena fe, y aun tres, que vuesamercé honra esta posada.

DON FERNANDO:

Y nuestro, Ramírez, lo que la debo, pues en ella conocí a Don Cuarte.

DON CUARTE:

Yo fui dichoso, y lo soy de nuevo.

DON FERNANDO:

Hallárame en Madrid ya mal sin vuestra compañía.

DON CUARTE:

Yo os prometo que la mía a vuestro servicio está.

DON FERNANDO:

Mucho que hablar tenemos; que desde que fui a Aragón no os causará admiración.

DON CUARTE:

Juntos los dos posaremos digo, en un mismo aposento. Ramírez, ¿no hay dos alcobas dentro de mi sala?

MARIA:

¡Y bobas! Como celdas de un convento.

DON CUARTE:

Pues háganle a Don Fernando la cama en una, y sea luego; que vendrá cansado.

(Vase Mari-Pamírez.)

DON FERNANDO:

Llego, mi palabra os doy, sudando más de amor que de calor.

DON CUARTE:

¿Amor? ¡Gentil desatino! Mas viniendo de camino, poco durará ese humor. ¿dónde diablos feríastes esa pieza?

DON FERNANDO:

En una venta.

DON CUARTE:

¿En venta? No haráis dél cuenta: cato por liebre comprastes.

DON FERNANDO:

¡Oh qué viuda! ¡Qué buen arte! ¡Qué donaire! ¡Qué hermosura!

DON CUARTE:

¡Viuda! Bocado es de dura; pero ¡viuda y en tal parte...!

DON FERNANDO:

Salió de Guadalajara.

DON CUARTE:

¿De Guadalajara fué? Mal pronóstico.

DON FERNANDO:

¿Por qué?

Posada: lugar de convento

SANTILLANA:

La calle de las Carretas. Es ombligo de la corte: la Puerta del Sol aquélla; la Vitoria al cabo de ella; y a la otra acera es su norte el Buen Suceso; allí enfrente el Carmen; a man derecha la Calle Mayor, cosecha de toda buscona gente: San Felipe a la mitad; Puerta de Guadalajara arriba, de quien contara lo que puede una beldad; pues por más que un bolsillo haga, es como dar con el toro; y cobrando en plata u oro, paga en cuartos, si es que paga. Entre ahora vuesarced, sabrá después lo demás.

DOÑA BERNARDA:

Jusepa, en Madrid estás puesta a sombra de una red; que entre tanto que no venga el capitán que te adora has de ser monja.

SANTILLANA:

¡Ay, que llora!

DOÑA BERNARDA:

Su esperanza te entretenga; que con ella no es molesta la más retirada vida. Yo vengo de la caída notablemente indispuesta: pienso que será forzoso sangrarme esta noche. -Entrad.

POLONIA:

¡Sabrosa vida, en verdad!

DOÑA JUSEPA:

Y después, ¡gentil esposo! ¡Ay! ¡Cuál voy!

POLONIA:

(Ap.) En el color, sus pensamientos la veo.

DOÑA JUSEPA:

¿Torno, Santillán?

POLONIA:

Torneo de un Adán mantenedor.

(Vanse las damas, POLONIA y SANTILLANA.)

Para justificar
luego la
entrada de
D. Fernando

ESCENA VII

DON DUARTE, DON FERNANDO.

DON DUARTE:

Entráronse, y de camino la puerta echaron tras sí.

DON FERNANDO:

Amigo, esperadme aquí. (Ap.) ¡Oh, qué intento peregrino!

DON DUARTE:

¿Dónde vais?

DON FERNANDO:

Que me aguardéis, Don Duarte, en casa, os ruego.

DON DUARTE:

¿Pensáis volver presto?

DON FERNANDO:

Luego.

DON DUARTE:

¿Sí tardáis?

DON FERNANDO:

No os acostéis.

(Entra Don Duarte en la posada, y vase Don Fernando.)

ESCENA VIII

Don Luis y Pacheco, de noche.

DON LUIS:

Pacheco, yo sé muy bien que Doña Jusepa lleva muy mal, para no ser Eva, que un marido Adán le den. De Guadalajara vine para esperallas aquí; no se olvidará de mí, aunque el oro desatine memorias en la mujer. Mi tío es viejo, y ausente; yo mozo y estoy presente; no ha de poderme vencer. Aquí su hermana avarienta dicen que se aposentó: esta casa la compró el capitán, en que intenta sepultarlas; mas, ¿qué importa? Ya suele suplir el arte, si está la edad de mi parte, faltas de una hacienda corta. Llegue a hablarla una vez yo, y saldrá este azar encuentro.

ESCENA IX

DON LUIS Y PACHECO, de noche.

DON LUIS:

Pacheco, yo sé muy bien que Doña Jusepa lleva muy mal, para no ser Eva, que un marido Adán le den. De Guadalajara vine para esperallas aquí; no se olvidará de mí, aunque el oro desatine memorias en la mujer. Mi tío es viejo, y ausente; yo mozo y estoy presente; no ha de poderme vencer. Aquí su hermana avarienta dicen que se aposentó: esta casa la compró el capitán, en que intenta sepultarlas; mas, ¿qué importa? Ya suele suplir el arte, si está la edad de mi parte, faltas de una hacienda corta. Llegue a hablarla una vez yo, y saldrá este azar encuentro.

Jusepa
Don Duarte
H. pretendiente

ESCENA IX

DON FERNANDO, como barbero, SANTILLANA. - Dichos.

SANTILLANA: Entré vuasarcad adentro.
 DON FERNANDO: Vamos.
 (Entran los dos en casa de Doña Bernarda.)
 DON LUIS: ¿Cómo? ¿Quién entró?
 PACHECO: Un escudero y otro hombre.
 DON LUIS: Acabadas de llegar, y ahora, ¿a qué puede entrar un mozo tan gentil hombre?
 PACHECO: ¿Ha de faltar para qué?
 DON LUIS: ¿A media noche?
 PACHECO: Traerán cartas de su capitán.
 DON LUIS: Llegá, que yo lo sabré.
 PACHECO: La puerta de la escalera está con llave.
 DON LUIS: ¿Eso más?
 PACHECO: ¡Qué malicioso que estás! Déjalos que salgan fuera, y entonces sabrás quién es.
 DON LUIS: Cartas no, sospecha mía...
 PACHECO: ¿Por qué?
 DON LUIS: ¿No aguardara al día? ¿No se las diera después?
 PACHECO: ¿Qué sabes tú si enfermó Don Gómez en el camino, o si murió, y éste vino con las nuevas?
 DON LUIS: No soy yo tan dichoso.
 PACHECO: Pues acecha por aquí; que todo amor celoso es acechador: saldrás de tanta sospecha. (Mirando por una ventana entreabierta.)
 DON LUIS: Oye, con dos percelanas, a la luz de una bujía salió Polonia: sangría debe ser.
 PACHECO: ¿Ves cuán livianas son quimeras de un celoso?
 DON LUIS: Una venda y cabeza! lleva mi dama.
 PACHECO: ¡Qué mal tan repentino!
 DON LUIS: Es forzoso que Doña Bernarda sea la enferma; que las demás andan en pie.
 PACHECO: ¿Qué darás porque se muera?
 DON LUIS: No emplea en mi favor la fortuna sus aceros desafortunada; ni el mal debe ser de muerte, pues que no llora ninguna.
 PACHECO: La caída, que del coche dió la viuda, causará esta prevención; que está gruesa.
 DON LUIS: ¡Qué dichosa noche aquélla, si en el pantano las cuatro ruedas pasaran por ella, y la sepultaran!
 PACHECO: No hay celoso buen cristiano.

ESCENA X

UN BARBERO. -DON LUIS, PACHECO.

BARBERO: No me ha de estar en la tienda un hora.
 DON LUIS: Espera: ¿qué es esto?
 BARBERO: ¿Son de casa?
 BARBERO: Abran presto. ¡Qué ansí la opinión me venda un bellaco!
 DON LUIS: Pues, ¿qué pasa?
 BARBERO: Yo, señores, soy barbero, y en mi tienda un caballero entró, no estando yo en casa; y con malicias discretas y doblones, engañó mi odicial, y le sacó un estuche de lanceras en prendas de dos diamantes, y, transformado en barbero, entró tras un escudero aquí. ¡Ved si semejantes burlas para sufrir son,

ESCENA XV

DON FERNANDO - Dichos

DON FERNANDO:

Recuerdo
para traer el
cambio en
don Fernando

Oíd sucesos de amor; que no en vano, aunque tan viejo, en fe de sus novedades, niño le pintan los tiempos. De Aragón volví a Madrid, necesitado de pleitos; fáciles al comenzarlos, y al concluirlos eternos. Caminando con el alba, con su semblante risueño me acompañó hasta la vista de la venta de Viveros, en cuya bajada alcanzo coches y carros, y entre ellos uno que, volcado, imita faetontes atrevimientos. La pasada tempestad y el descuido de un cochero, lazos armó de un mal paso, que dió con todo en el suelo. Al alboroto y la grito que daba el temor de adentro, llegué y vi abortar personas del portátil aposento. Una niña, de los ojos de amor, basilisco en ellos, y una esclava, sombra suya, pidiendo favor salieron; ésta para su señora, y aquélla perlas vertiendo, para su hermana oprimida más del susto que del peso. Cortés de la silla salto, y juntando carreteros y estudiantes, socorrido, el coche a su ser volvemos. Saqué en brazos desmayado un sol, si hay soles de hielo; un alba, si hay albas viudas, y un serafín, si cayendo, puede este título darse. En fin, en hombros la llevo a la venta, y en la cama de la huéspeda la acuesto. Las diligencias del agua abriles restituyeron en rosas a las mejillas, del amor ramilleteros. Agradecido un lacayo, dejando a solas sus dueños, combatido de promesas y importunado de ruegos, en aquel enano bosque, que de gustos pasajeros tanto sabe y calla tanto, me refirió por extenso la patria de las dos damas, que es Guadalajara, un tiempo corte de duques fíendozas, ya de lo que fué recuerdos. La causa de su camino es hacer avaro empleo del caudal de la hermosura de su hermana, con un viejo remozado en el Jordán de un pedazo de aquel cerrogenovés, puesto que indiano, que la heredó en cien mil pesos. En las tres partes la dota, y a la viuda un poco menos, porque esperanzas anime de segundos himeneos. Comprólas costosa casa, que es la frontera que vemos, con los adherentes todos que requieren tales dueños. Sólo en balcones y puertas quiso mostrarse avariento con los ojos, limitando la luz por rallos espesos. Puso puerta a la subida, y un torno al patio, que, estrecho, niega ocasiones al ocio y se la da a sus deseos. Prevenido desta suerte este humano monasterio, donde en años primerizos vive el amor recoleto, partió a la ciudad del Betis, en cuyo dorado puerto espera, en la primer flota, esquilmos del Mundo Nuevo. Esto que digo, el lacayo me contó; y encareciendo prometidas vigilancias, tornos, retiros y encierros, me afirmó no saber dónde era la calle y el puesto de la nueva habitación; pero que, por mi respeto, diciéndole yo la mía, me daría aviso cierto. Obligaron seis doblones palabras y juramentos: y cierto de mi posada, se volvió a su ministerio; mas no yo a mi libertad, que desde ayer la echo menos. Cumplió su efímero curso el sol, y ya casi muerto, en túmulos de escarlata lutos cortaba el silencio, cuando la enferma, ya sana, después que gastó en remedios lo que el día, en aplicarlos, en crepúsculo los cielos y ella en los de su mongil, volvió a caminar, siguiendo, girasol de su hermosura, mis pasos su movimiento, adelantándome ya, ya tal vez retrocediendo, todo espuelas: el amor, todo riendas el respeto. Con esta resolución, piqué, en las promesas cierto del lacayo, y llegué aquí, prometiéndome con veros pronósticos venturosos a mi historia; cuando vemos pasar el coche ¡qué dicha! al más sazonado tiempo que pudo escoger mi amor, donde vuestros ojos mismos atestiguaron en parte el buen logro de mi empleo. Escuché, si lo advetistes, decir a mi hechizo bello, que esta noche era forzoso sangrarse; y yo todo fuego, todo amor, todo locura, logré mis atrevimientos, sin decirlos dónde iba. Obligaron los cohechos del oro, que, con dos caras, tantas traiciones ha hecho, a un oficial conocido deste vecino barbero, en cuyas manos mil veces los dos la vida hemos puesto. Sustituyó interesante su oficio en mí, y yo, dispuesto a disparates de amor, usurpé sus instrumentos. Vino (¡mirad qué ventura!) en busca de su maestro, para el sacrificio hermoso, el lacayo muy contento. A un hombre, ¡válgame Dios, qué de estorbos y rodeos atajan y facilitan! Todo lo hallé tan dispuesto, que juzgué

con que mancando a una dama, pierda el crédito mi fama, y mi tienda su opinión!

DON LUIS:

¿Qué decís?

BARBERO:

Si son parientes, castiguen el atrevido; que yo con esto he cumplido con Dios, mi oficio y las gentes.

(Vase.)

DON LUIS:

Haz pedazos esas puertas. ¡Bien adivinaba yo los engaños del que entró! Mis sospechas fueron ciertas. Doña Jusepa ha heredado su deshonra con mis celos. Romperélas, por los cielos si no abren.

ESCENA XI

DON FERNANDO, DON LUIS, PACHECO.

DON FERNANDO:

(Ap.) Yo me he excusado bravamente, por no hacer, ignorante, algún error.

DON LUIS:

¿Quién eres, enredador?

DON FERNANDO:

No suelo yo responder, sino así, a quien no respeta el valor de aqueste acero.

DON LUIS:

¿Quién eres? (Echa mano.)

DON FERNANDO:

Soy el barbero, y esta espada la lanceta.

(Riñe con Don Luis, toma una esquina y se retira.)

PACHECO:

¡Lindamente supo hacerse lugar!

DON LUIS:

Síquele.

PACHECO:

Algún loco, que su vida tenga en poco, osará a tanto atreverse.

ESCENA XII

POLONIA. - DON LUIS, PACHECO; luego, DOÑA BERNARDA Y SANTILLANA.

POLONIA:

¿Quién nos viene a alborotar la casa? Señor Don Luis...

DON LUIS:

Enfermedades fingís de noche, para sangrar el honor, que ya se ve al cabo, y se está muriendo; pero entró en Madrid cayendo: mal podrá tenerse en pie.

POLONIA:

¿Vuesa merced está en sí? ¿Qué tal en sus labios quepa? Señora Doña Jusepa, lléguese vusted aquí, y dígame a mi señora, que el señor Don Luis procura deshonrarnos.

DON LUIS:

Es la hechura imitación de la hechura.

(Salen DOÑA BERNARDA, en faldellín carmesí y en cabello, y SANTILLANA.)

DOÑA BERNARDA:

¿Con quién das voces? ¿por qué no cierras aquea puerta?

DON LUIS:

Tenedla al engaño abierta; que como después esté a la vecindad cerrada, poca opinión hay perdida. Enferma de la caída y ya buena, levantada, debe de ser interior el mal que osó acometeros; que también tendrá barberos la medicina de amor. Alentaréis así, granada que por de fuera cubre cáscara grosera, y tiene el alma rubí. ¿Quién es el nuevo galán avisado y prevenido, tan presto sustituido en nombre del capitán? ¿Hubo concierto en la venta? ¿Quién lo duda? Porque allí todo se vende, y aquí enviará a hacer la cuenta (que donde hay recibo, hay gasto), siendo el interés ventero, para que cene el barbero con el capitán a pasto. ¡Buen aforro de anascote! Mas sois viuda cortesana. ¿Qué joyas dió a vuestra hermana? ¿Qué tanto añadís al dote? ¿Cuánto os dió de prometido, porque al capitán dejéis, y, aunque su casa habitéis, pague interés el olvido? Algo me diérades vos por que no se lo escribiera, o a la corte no viniera a ser fiscal de las dos; mas perdonaréis: que quiero avisarle lo que pasa, y que de noche en su casa hay, si no duende, barbero.

(Vanse DON LUIS y PACHECO.)

ESCENA XIII

Polonia. -DOÑA BERNARDA y SANTILLANA

- DOÑA BERNARDA: ¿Qué desatinos son éstos? ¿Qué enredos, o qué traición menos-
caban mi opinión por modos tan descompuestos? ¡Fingido el
barbero fué que salistes a llamar!
- SANTILLANA: Ande usancé; que es hablar. ¿Qué está borracho no ve, Don
Luis de enamorados? A cuatro casas de aquí por el barbero salí,
y de ventosas cargado hallé en su tienda al maeso, que iba a
echar a un tabardillo, y de sangrar un tobillo a Doña Inés
Valdivieso acababa de volver. ¡Por Dios, que estamos despacio!
Es sangrador de palacio: ¿Eso había de hacer? Ha estudiado
cirugía; no hay hombre más afamado; agora imprime un tratado
todo de flosomonía. Suele andar en un machuelo, que en vez
de caminar vuela; sin parar saca una muela; más almas tiene en
el cielo que un Herodes y un Nerón; conócenle en cada casa:
por donde quiera que pasa le llaman la Extrema-Unción.
- DOÑA BERNARDA: Tiene las manos muy blandas para trabajar con ellas; que las
ferían doncellas entre cambrayes y holandas. Santillana,
algún ardid vuestra lealtad sobornó.
- POLONIA: (Ap.) ¡Qué despacio le miró!
- SANTILLANA: Señora, no hay en Madrid barbero más conocido: yo le llamé por
la fama: vuélvase vusté a la cama, que apenas habrá salido
mañana el sol, cuando aquí segunda vez me acompañe.
- DOÑA BERNARDA: ¡Plega a Dios que yo me engañe! Santillana, hacedlo ansí;
que el turbarse, y no saber desenvolverse al sangrar, me ha
dado que sospechar. Pero yo sabré poner tal vigilancia en mi
casa, que si ésta ha sido invención no halle otra vez ocasión
en nada.
- SANTILLANA: Vivir con tasa.
- DOÑA BERNARDA: ¡Con pie bueno empiezo a entrar en este cerco cruel! Advertid
que si no es él, un punto no habéis de estar en mi servicio.
- SANTILLANA: Por Dios que es vuesancé cabezuda.
- DOÑA BERNARDA: Yo voy con razón en duda de que os entendéis los dos.
- SANTILLANA: Por el siglo...
- DOÑA BERNARDA: Ni sigléis.
- SANTILLANA: ... DE Catalina Becerra...
- DOÑA BERNARDA: Andad. Esas puertas cierra.
- SANTILLANA: Un rayo...
- DOÑA BERNARDA: No fulminéis.
- SANTILLANA: Soy montañés, y no quiero...
- DOÑA BERNARDA: En vano me persuadís. Recogéos.
- SANTILLANA: Voime.
- DOÑA BERNARDA: ¿Oís? Mañana con el barbero.
(Vanse.)

ESCENA XIV

(Sale en la posada)

DON DUARTE, MARI-RAMIREZ, SANTAPEN:

- MARIA: Mucho nuestro huésped tarda.
- DON DUARTE: No quiso mi compañía.
- SANTAPEN: ¡Válgame Dios! ¿Dónde iría?
- MARIA: Quien con la cena le aguarda, a media noche, estará de buen humor.
- DON DUARTE: Por el gusto de tal huésped, todo es justo. Tarde es: presto
volverá.

de causas locas necesarios los efectos. Favoreció mi locura, llevóme a su casa luego; topo al encuentro dos hombres. Y sin reparar en ellos entonces, arriba subo; y alúmbrame al aposento, donde pudiera el troyano olvidar gustos siqueos. Estaba sobre almohadas bordadas de blanco y negro, y un acerillo de flores, incorporada en el lecho; jubilados de las tocas los licenciosos cabellos, ni muy oro ni azabache: medio sí destos extremos; con una almilla de aguja, de seda y oro, y de celos en la color turquesada: celos vi, con celos vuelvo. Sutil cambra y pretendía competir blancura, necio, ocultar belleza, avaro, guarnecer cristal, discreto. El delgado, mi amor lince, fácil fué penetrar velos: quedé imagen de mí mismo, tan absorto, tan suspenso que me juzgaran estaua, si viviera Policloto. La esclava, ppr despertarme, dijo: "O el señor maeso sabe poco de sangrías, o desde que entró acá dentro tiene calambre en los ojos". Tiróme del brazo, y vuelvo en mí un poco; todo no. Vi a su hermana descojiendo la venda y el cabezal, tan hermosa, que os prometo, que a tener libres los ojos, no sé lo que hiciera en ellos. Prevenidas con la luz porcelanas, y cubriendo la colcha blancas toallas, vi sacar un brazo... ¡Ay cielos! Si fuera yo de los cultos, llamárale ramo terso del tronco de la hermosura, cristal animado, exceso y non plus ultra de amor. ¡Qué mano, amigo! ¡Qué dedos! ¡Qué venas! Juzgadlas vos mientras que yo las contemplo. Animé la lengua entonces, y dije: -"Saber espero qué vena mandó el doctor sangrar". Y dijo riendo: "De la del arca tres onzas". -"Pues, señora, a un lado el miedo, (dije,) y en nombre de Dios". Toco el brazo, y lisonjeo venas con blandas caricias, convidando a engaños tiernos: diéronme un listón turquí, celos todo, triste agüero! que, temblando, al brazo añudo, que, compasivo, le aprieto. Doblo el cabezal, que toma la mano, favoreciendo mi pretina, y yo dudoso de añadir yerros a yerros, la lanceta entre los labios, y ella a las espaldas vuelto el rostro, mientras estudian excusas mis pensamientos, pregunto: "¿Sobre qué achaque os sangráis, que el pulso quieto niega expulsión a vial claveles, y yo ejecutalla temo?" -"No he consultado doctores (responde); pero, cayendo de un coche, experiencias mandan usar de tales remedios." -"Pues, señora, le replico, pena en Madrid nos han puesto al sangrar sin permisión de los hijos de Galeno." -"No hay aquí quien os acuse", replica; y yo, resistiendo, que no he de hacerlo porfío, y el listón del brazo suelto. En respuestas y demandas, estábamos arguyendo, cuando a la puerta dan golpes, y yo, al alboroto dellos, la espada animoso saco; que, dado que los barberos no la usen en su ejercicio, soy sangrador caballero. Abren la escalera y bajo, y los dos que vi primero, quién soy, airados preguntan; respondíles: "El barbero, y la lanceta esta espada". Y pasando por enmedio, con dos puntas los aparto, ganando a la calle el puesto. Por desmentir diligencias, otras dos o tres rodeo, y encontrando al oficial de mis engaños tercero, en una dijo que estaba despedido; y yo, añadiendo intereses, solicito segunda vez el secreto. Mudo prometió a los labios; y ahora, que todo quieto está, de mis disparates a daros noticia vuelvo. Enamorado y perdido de recién nacidos celos estoy; amigo, alivialdos, y no apercibáis consejos; porque, si la viuda hermosa de mi esperanza no es premio, en malogros juveniles lloraréis años funestos.

DON DUARTE:

MARIA:

SANTAREN:

DON FERNANDO:

DON DUARTE:

¿Qué llamáis llorar malogros? Triunfaréis, viven los cielos, de competencias narcisas, si la hacienda y vida pierdo.

La dicha viuda, ¿no vive enfrente? -Pues pierda el miedo, que no seré yo quien soy, si no se le ablanda el pecho.

Yo también pondré mi parte; que, en materia de embelecocos, soy hijo de quien nacer hizo en una artesa berros.

Si todos me dáis favor, ya no dudo mi recelo.

¿Qué llamáis dudar? Venid, Mari-Ramírez; cenemos.

FIN DEL PRIMER ACTO

Exposición y localización

pa
DOÑA BERNARDA:

DOÑA JUSEPA:

DOÑA BERNARDA:

(Quitándose los mantos y en chapines bajos); POLONIA.

Tú has de darme pesadumbre como quiera que pudieres.

Pues si tropiezo, ¿qué quieres?

Ya lo tienes de costumbre. Esclava, quita estos mantos.

(Vase POLONIA llevándose los.)

En llegándote a mirar un hombre, vendrás a hallar hasta en el estrado cantos.

DOÑA JUSEPA:

Eso sí: fulmina enojos y dí malicias después.

DOÑA BERNARDA:

Llevas sin tiento los pies por tropezar con los ojos. ¡De tres corchos de chapín caes! ¿Qué hicieras de doce?

DOÑA JUSEPA:

Quien las calles no conoce y es andadora ruin, estando mal empedradas, cuando madrugamos tanto, ¿qué mucho?

DOÑA BERNARDA:

¿Y tropezó el manto también? No me persuadas a tan rústica simpleza. ¡Bueno es, cuando lo apeteces, que con los pies es-tropieces, y descubras la cabeza! ¡Qué confiada que estás de tu cara! Ya te vió el que la mano te dió; y también se la darás de esposa, si llega a verte; que poco importa perder, de un perulero mujer, cien mil pesos, y en su muerte, que en setenta años envuelta ya sus vísperas publica, quedar moza, hermosa y rica, y de su vejez absuelta. ¿De qué sirve madrugar el domingo a misa tnato, si los cohechos del manto licencia tienen de dar a ojos locos y traviosos, y a manos por comedidas, licenciosas y atrevidas? ¿Tan malos son cien mil pesos, que los arriesgas no más que al descuido de un chapín?

DOÑA JUSEPA:

Tú has de reñir siempre, en fin. ¿Disculpas no admitirás? Si un corcho descapellado, a la luz del alba escasa, en calle por donde pasa tanta gente y coche al Prado, tiene tan mal aparejo, que en hoyos arma caídas con piedras mal avenidas, a fuer de dientes de viejo, ¿de qué formas ese espanto?

DOÑA BERNARDA:

Ya te he dicho que pudieras, cuando ignorante cayeras, tener con la mano el manto, sin hacer demostración de la cara presumida, que a todo galán convida.

DOÑA JUSEPA:

Buena era la prevención, a estar primero avisada de donde había de caer. También tu pudieras ser adivina en la jornada, de la caída que diste, porque no te desmayaras y en brazos te trasladaras del caballero, en quien fuiste causa (si llegó primero en mi favor socorrido) de que en tu casa a trevido se transformase en barbero. ¿Ves cómo en las contingencias nadie precavido está?

DOÑA BERNARDA:

Pasaste por Alcalá: no es mucho hacer consecuencias.

DOÑA JUSEPA:

mi defensa en ellas trazo. ¿Qué quieres? Desgracia fué: yo la cara le enseñé, y tú la cara y el brazo, que, desnudo y rezagado, a contactos lisonjeros hizo favores barberos; y si yo el quante calzado, la mano le llegé a dar. ¿es mucho a tu parecer, que viéndote a ti caer, aprendiese yo a tropezar? El se apartó cortesano cuando le reprehendiste; yo tropecé, tu caíste; diste el brazo y yo la mano. Cuando alguna ocasión haya (que no habrá si nos guardamos), iguales las dos estamos; uno por otro se vara. (Vase.)

una si
ESPANUELE

ESCEÑA II

DOÑA BERNARDA:

¡Qué presto a mi hermana influye Madrid su sacudimiento!
Es contagioso: hasta el viento aquí todo lo destruye: mas,
¿con qué razón arguye la pasión que le hace guerra a mi hermana,

ACTO SEGUNDO

(Sala en casa de DOÑA BERNARDA)

ESCENA I

DOÑA BERNARDA Y DOÑA JUSEPA

(Quitándose los mantos y en chapines bajos); POLONIA.

Tú has de darme pesadumbre como quiera que pudieras.

Pues si tropiezo, ¿qué quieres?

Ya lo tienes de costumbre. Esclava, quita estos mantos.

(Vase POLONIA llevándose los.)

En llegándote a mirar un hombre, vendrás a hallar hasta en el estrado cantos.

Eso sí: fulmina enojos y dí malicias después.

Llevas sin tiento los pies por tropezar con los ojos. ¡De tres corchos de chapín caes! ¿Qué hicieras de doce?

Quien las calles no conoce y es andadora ruin, estando mal empedradas, cuando madrugamos tanto, ¿qué mucho?

¿Y tropezó el manto también? No me persuadas a tan rústica simpleza. ¡Bueno es, cuando lo apeteces, que con los pies es-tropieces, y descubras la cabeza! ¡Qué confiada que estás de tu cara! Ya te vió el que la mano te dió; y también se la darás de esposa, si llega a verte; que poco importa perder, de un perulero mujer, cien mil pesos, y en su muerte, que en setenta años envuelta ya sus visperas publica, quedar moza, hermosa y rica, y de su vejez absuelta. ¿De qué sirve madrugar el domingo a misa tnato, si los cohechos del manto licencia-tienen de dar a ojos locos y traviosos, y a manos por comedidas, licenciosas y atrevidas? ¿Tan malos son cien mil pesos, que los arriesgas no más que al descuido de un chapín?

Tú has de reñir siempre, en fin. ¿Disculpas no admitirás? Si un corcho descapellado, a la luz del alba escasa, en calle por donde pasa tanta gente y coche al Prado, tiene tan mal aparejo, que en hoyos arma caídas con piedras mal avenidas, a fuer de dientes de viejo, ¿de qué formas ese espanto?

Ya te he dicho que pudieras, cuando ignorante cayeras, tener con la mano el manto, sin hacer demostración de la cara pre-sumida, que a todo galán convida.

Buena era la prevención, a estar primero avisada de donde había de caer. También tu pudieras ser adivina en la jornada, de la caída que diste, porque no te desmayaras y en brazos te tras-ladaras del caballero, en quien fuiste causa (si llegó primero en mi favor socorrido) de que en tu casa a trevido se trans-formase en barbero. ¿Ves cómo en las contingencias nadie precavido está?

Pasaste por Alcalá: no es mucho hacer consecuencias.

¡Mi defensa en ellas trazo. ¿Qué quieres? Desgracia fué: yo la cara le enseñé, y tú la cara y el brazo, que, desnudo y rezagado, a contactos lisonjeros hizo favores barberos; y si yo el quante calzado, la mano le llegé a dar. ¿es mucho a tu parecer, que viéndote a ti caer, aprendiese yo a tropezar? El se apartó cortesano cuando le reprehendiste; yo tropecé, tu caíste; diste el brazo y yo la mano. Cuando alguna ocasión haya (que no habrá si nos guardamos), iguales las dos estamos; uno por otro se vara. (Vase.)

ESCENA II

DOÑA BERNARDA:

¡Qué presto a mi hermana influye Madrid su sacudimiento!
Es contagioso: hasta el viento aquí todo lo destruye: mas,
¿con qué razón arguye la pasión que le hace guerra a mi hermana,

Quitar lo que
pase al salir de mirar

DOÑA BERNARDA:
DOÑA JUSEPA:
DOÑA BERNARDA:

DOÑA JUSEPA:
DOÑA BERNARDA:
DOÑA JUSEPA:
DOÑA BERNARDA:

DOÑA JUSEPA:

DOÑA BERNARDA:

DOÑA JUSEPA:

DOÑA BERNARDA:

DOÑA JUSEPA:

Y cosa y
no se puede

DOÑA JUSEPA: ¿Abriré?
 POLONIA: ¿Qué hemos de hacer?
 DOÑA JUSEPA: ¿Si viene mi hermana?
 POLONIA: Esconder. ¿Somos pájaros en jaula? Pues provén el bebedero; recibir para cantar.
 DOÑA JUSEPA: Tiemblo...
 POLONIA: (Aparte.) ¿A quién no hará temblar, si es Santarén el mercero?
 DOÑA JUSEPA: (Abre la caja.) ¡Ay Polonia, qué de joyas! Oro es cuanto aquí se ve.
 POLONIA: No es el arca de Noé, mas caballo que a cien Troyas le puede hacer la mamona.
 DOÑA JUSEPA: Un billete viene encima.
 POLONIA: El sobrescrito te anima. } mensaje por el fardo
 DOÑA JUSEPA: (Lee) A la niña tropezona.
 POLONIA: (Ap. El lobo cayó en la trampa.) Del galán debe de ser que te llegó hoy a tener.
 DOÑA JUSEPA: Sin duda.
 POLONIA: Miren si escampa. ¿Envite al primer encuentro? No hay sino querer el vale.
 DOÑA JUSEPA: ¿Leo?
 POLONIA: Pues.
 DOÑA JUSEPA: La viuda sale.
 POLONIA: Buen remedio; entrarnos dentro.
 (Vanse llevando el arca.)

ESCENA XI

DOÑA BERNARDA. - MARI-RAMIREZ - *Otra disfrazada*

(De toquera montañesa, con vara y fardo.)

MARIA: No hay pelo de la cabeza que se le pueda igualar. ¡Oh, qué bien que le han de estar las espumillas! Belleza como la que Dios le ha dado era indecencia traer descansos que puedan ser gruesos para un encerado.
 DOÑA BERNARDA: Téjelos Guadalajara: más llaneza se usa allá.
 MARIA: Gozo el mirarla me da. ¡Bendiga el cielo tal cara! Varido que pudo unirse a tal mujer, y que estuvo casado con ella, ¿tuvo ánimo para morirse? ¡Qué necio debió de ser!
 DOÑA BERNARDA: Harto el pobre me quería, y aunque resistencia hacía, murióse a más no poder. ¿Qué tanto os quedo debiendo?
 MARIA: Doce reales y un cuartillo.
 DOÑA BERNARDA: A tener más el bolsillo, os diera más: en volviendo segunda vez por acá, quedará todo pagado.
 MARIA: Pues, ¿eso le da cuidado?
 DOÑA BERNARDA: Siempre el deber me le da. Traedme algunas beatillas más gruesas para esa esclava.
 MARIA: ¿Para aquella que aquí estaba?
 DOÑA BERNARDA: La misma.
 MARIA: Un poco amarillas las tengo; mas con jabón, al primer ojo blanquean.
 DOÑA BERNARDA: De cualquier suerte que sean le sobran.
 MARIA: En conclusión, ¿mañana acá volveré?
 DOÑA BERNARDA: Sí. ¿Cómo os llamáis?
 MARIA: María de Orduña, señora mía.
 DOÑA BERNARDA: ¿Hidalga sois?

DOÑA BERNARDA:

SANTILLANA:

Pues sabedlo todo, andad.

(Ap.) Sangróna en la voluntad el barberito sin seso. (Vase.)

ESCEÑA IV

DOÑA BERNARDA

DOÑA BERNARDA:

Si es caballero, livianos pensamientos, bien podéis disculparos cuando déis puerta a amores cortesanos, mas tal cara y tales manos dignos son de más valor; y no es mucho, si el amor nula oficio, y sus saetas sabe trocar en lancetas, que se hiciese sangrador.

ESCEÑA V

POLONIA. -DOÑA BERNARDA

POLONIA:

La toquera que mandó vuesa merced que avisase cuando por aquí pasase, ahora al torno llegó. Llámela de la ventana: si ha de subir, abrírela.

DOÑA BERNARDA:

Poco el cuidado recela de una montañesa llana. Cuando suba, ¿qué hay que importe? llámala que aquí la espero.

POLONIA:

Voila a abrir. (Vase.)

ESCEÑA VI

DOÑA BERNARDA:

Comprarla quiero tocas, que al uso de corte me desocupen la cara, y aligeren la cabeza; que me causaban tristeza telas que en Guadalajara, prolijas el uso enseña; que, enfadosas de sufrir, nunca saben distinguir una viuda de una dueña. Este traje admite el mundo; será el cambray, que no pesa, manteles para la mesa del matrimonio segundo. (Vase.)

ESCEÑA VII

DOÑA JUSEPA:

Que sin ser mi hermana madre, me cele hasta el tropezar, pretendiéndome casar con quien no puede ser padre, es desatino terrible. Quanto más lo considero, más me aflijo y desespero. ¡Yo en el abril apacible de quince años con setenta! ¿Qué importa toda su plata, si cuando dárme la trata, con el estaño la afrenta de la vejez que le obliga? Ni, ¿de qué valor serán todas sus barras, si están mezcladas con tanta liga? Si el desposorio celebro, y estando juntos los dos, me dice amores con tos, me arroja un diente requiebro y con él me descalabra, ¿qué he de hacer con un marido, en la ejecución fallido, y fecundo de palabras? No, Jusepa, no es adorno del mayo el caduco enero. Con un marido escudero a la atahona de un torno, los celos siempre a la mano sujeta a algún testimonio. ¿Yo monja del matrimonio? ¿Yo el perro del hortelano? ¡Malos años!

ESCEÑA VIII

POLONIA, DOÑA JUSEPA

POLONIA:

Pues, señora, ¿qué soliloquios son éstos?

DOÑA JUSEPA:

Lloro avarientos excesos de mi hermana.

POLONIA:

Ella está ahora comprando a una vizcaína viudeces, si no mor-tajas, que la enfadan tocas bajas y a lo nuevo determina ser ya viuda garrafal, si lo ha sido recoleta: en cordorán la bayeta, porque el peso le hace mal; media seda el anascote, que otros tiempos fué contray; y espumillas con cambray, por el ruan. Con el dote que del capitán aguarda, segundas bodas envida, y del que pudre se olvida.

DOÑA JUSEPA:

No querrá Doña Bernarda que siga yo su consejo, y dé a mis años mal gozo, casándose con un mozo, por recetarme a mí un viejo. Aun si fuera el que llegó a tenerme esta mañana...

POLONIA:

Buena presencia.

MARIA:

Heredé limpieza de la montaña, y pobreza juntamente; que compra de nuestra gente calidad, lo más de España. Murió Andrés de Mondraón

(Llora)

mi marido; en paraíso esté; mas pues Dios lo quiso, vaya; cosas tuyas son. Dejéme tres angelitos cual los dedos de la mano; así el sustento les gano; trabajos paso infinitos. Como se correspondía con vizcaínos lenceros, y enviándoles dineros cobraba en mercadería, dejó muchas trabacuentas prolijas de averiguar; soy mujer, no sé contar, paso por trampas y afrentas por no verme en el poder de Poncio Pilato; digo, de un escribano enemigo. ¿Vuesasté sabe leer?

DOÑA BERNARDA:

MARIA:

DOÑA BERNARDA:

MARIA:

Pues, ¿no?

¿Quiéreme mirar acá cierta cuentecilla, que traigo aquí? Una deudilla es, y me han de ejecutar, si no la pago mañana, en ella. Yo la haré ver a un amigo mercader; si ya no es que Santillana, mi escudero, la liquida.

Bendiga Dios tal agrado.

(Dale un papel.)

Tome; y por el mal logrado doce un conde, cuya vida prospere el cielo en los dos.

DOÑA BERNARDA:

MARIA:

DOÑA BERNARDA:

MARIA:

Mari-Orduña, Dios la guarde.

Mañana vuelvo en la tarde.

Cierra, esclava.

Angel, adiós

(Vase.)

ESCENA XII

DOÑA BERNARDA

¡Qué poco lugar halló la malicia en esta gente! Poco la corte insolente sus costumbres le pegó. Algo de cuentas sé yo, aunque no las ejercito; si al viejo se las remito, no acabará con su suma. ¡Qué aliñada trae la pluma! Nada en guarismo hay escrito.

(Lee.) El que a vista de la venta, señora, para su daño... ¿Cómo es esto? ¿Hay tal engaño? ¿Ya se hace en verso la cuenta? El amor todo lo intenta. ¡Oh, toquera cortesana, que en presencia simple y llana, el embeleco eres mismo! ¿Acometes en guarismo, y es la cuenta castellana? Si el mismo a quien soy deudora de la vida que he rendido, es el barbero fingido que amante me escribe ahora, montañesa enredadora, más te debo que pensé; lo que a varas te compré, a piezas te he de pagar. Amor, volved a sumar cuentas de crédito y fe.

(Lee) El que a vista de la venta, señora, para su daño en brazos sacó su engaño, y agora obligarle intenta, cayendo vos en la cuenta de que le debéis la vida, os pide que, agradecida, déis favor a su cuidado; porque os jura que ha quedado muerto de vuestra caída. Barbero me transformó la industria para sanar, ¿Quién vió nunca ir a sangrar el enfermo a quien le hirió? El ánimo me faltó: compasión de amor sería; que aunque su luz fué mi guía, juzgue cruel desperdicio sacar en tal sacrificio sangre que adoro por mía. No tiene amor quien no intenta, ni valor quien no se humana; mientras casáis vuestra hermana; haced de vuestra edad cuenta. Seis mil ducados de renta desean, y con razón, veros en su posesión. Mi casa tenéis enfrente. - Vuestra vida el cielo aumente. - Don Fernando de Aragón. Alto, viudez, esto es hecho. Perdone Dios al difunto. ¡Seis mil ducados! Hoy junto a mi amor honra y provecho. Su talle me ha satisfecho; Aragón es su apellido, ¿quién duda que es bien nacido? ¡Seis mil ducados de renta! Mejor me sale la cuenta de lo que yo había entendido. No mintió la montañesa,

para belismo:
otra corte

DOÑA BERNARDA:

si se encierra, la que en ella culpo, en mí? Porque lo que reprendí me probó también la tierra. Aquel barbero fingido (que por lo bien que me está fingidole juzgo ya) ruerte de mi fama ha sido: dióme vida comedido en la caída cruel del coche, si es cierto que él de aquel trance me libró; porque desmayada yo mal pude advertir en él.

ESCEÑA III

SANTILLANA. - DOÑA BARBARA.

- SANTILLANA: Si con ventosas y estuche estaba, ¿fué mucho exceso?
- DOÑA BARBARA: ¿A qué propósito es eso?
- SANTILLANA: ¿A qué propósito? Escuche, y verá cuán bien lo saco. No era barbero el que vino anoche en vez del vecino.
- DOÑA BERNARDA: ¿No? ¿Pues quién?
- SANTILLANA: Un gran bellaco, un chancero cortesano que a Santillana engañó y por fino se vendió, y era fino segoviano. Pasó plaza de barbero y a sangrar a usancé entró; el maeso me lo contó, y dice que es caballero a quién afeitar solía, que por ver a vuesancé, sangrador de casa fué.
- DOÑA BERNARDA: ¡Hay mayor bellaquería! No hay quién fiar en la corte; antes entiendo, por Dios, Santillana, que a los dos os habrá pagado el porte quien os hizo su estafeta para esta burla villana.
- SANTILLANA: En toda la Santillana no ha habido sangre alcahueta; usancé me trate bien.
- DOÑA BERNARDA: ¡Miren si lo dije yo!
- SANTILLANA: El oficial me engañó: despedido está también.
- DOÑA BERNARDA: ¿Y no sabéis dónde vive?
- SANTILLANA: No le pregunté al maeso. Mas si tiene gusto deso violo a sabeo.
- DOÑA BERNARDA: Quien recibe caducos, todos malicia, por esto suele pasar. Hele de hacer castigar, si es que en Madrid hay justicia. Yo le diré lo que pasa al presidente.
- SANTILLANA: Eso sí, y no echármelas a mí.
- DOÑA BERNARDA: Andad, sabedme su casa; que no habéis de entrar en ésta si ignoráis adónde mora.
- SANTILLANA: Trairéle en un cuarto de hora a vuesancé la respuesta, y verá que es desatino el que aquí me levantó. ¿Yo estafeta?
- DOÑA BERNARDA: ¡Arcaduz yo! Lo que es una vez de vino y dos o tres zancadillas, eso vaya: la vejez hace báculo tal vez del jarro y de de costillas. Mas ¿Santillana tercero? ¡Jesús, Jesús sea conmigo!
- SANTILLANA: Andad; sabed lo que os digo, y no me seáis gestero.
- DOÑA BERNARDA: Pigo que me lo dirá el maeso que le desbarba. Si la venganza la escarba, espere.
- SANTILLANA: Volved acá.
- DOÑA BERNARDA: ¿Qué mandáis?
- SANTILLANA: ¿Y qué? El hombre, ¿es caballero?
- DOÑA BERNARDA: Así lo afirma la tienda.
- SANTILLANA: Y él lo confirma de la cabeza a los pies, que tiene extremado talle.
- DOÑA BERNARDA: ¿Eso tenemos ahora?
- SANTILLANA: Andad, sabed donde mora; que yo hasta hacer castigalle, no puedo vivir contenta.
- DOÑA BERNARDA: Eso pido y eso quiero.
- SANTILLANA: ¿Oís? Y ese caballero, ¿qué tanto tendrá de renta?
- DOÑA BERNARDA: No tuve cuenta con eso.

Ojo: NU,PS
tan desinteresado

DOÑA JUSEPA:

A mi hermana rebuena le pareció; que de todo el sermón que hizo, han sacado mis desvelos que fueron el tema celos, y que déj se satisfizo.

POLONIA:

Es viuda de aquestos días: bien sospechas y bien dices; que aquestas sobrepellices son tapa-bellaquerías. Y afirma un barbimoreno que una viuda ensabanada es cual trucha salmonada, que está empanada en centeno.

DOÑA JUSEPA:

Polonia, no dudes dello. ¿No son las viudas mujeres?

ESCENA IX

SANTAREN. - DOÑA JUSEPA. - POLONIA

SANTAREN:

(Dentro.) ¿Compran peines, alfileres, trenzaderas de cabello, papeles de carmesí, orejeras, gargantillas, pebetes finos, pastillas, estoraque y menjú, polvos para encarnar dientes, caraña, capey, anime, goma, aceite de canime, abanillos, mondadientes, sangre de drago en palillos, dijes de alquiria y acero, quinta esencia de romero, jabón de manos, sebillos, franjas de oro milanés, listones, adobo en masa?

(Sale en traje de bubonero con una caja.)

Cristo sea en esta casa. ¿Quién llamaba aquí al francés? Aquí nadie: andad con Dios. ¿Quién os ha enviado acá? La escalera

DOÑA JUSEPA:

SANTAREN:

DOÑA JUSEPA:

POLONIA:

SANTAREN:

¿Abierta está?

¿Escuidéme.

Si las dos quieren paños, que de red el uno presenta abona, randas o alguna valona, escoja vuesa merced como en peras.

(Deja la caja.)

Hablad paso. Polonia, échale de aquí, no salga mi hermana. En mí no hay temor de qué hacer caso.

DOÑA JUSEPA:

SANTAREN:

DOÑA JUSEPA:

SANTAREN:

POLONIA:

DOÑA JUSEPA:

POLONIA:

¡Qué mal la conocéis vos!

Pues compren y dense priesa...

Al subir la montañesa, dejé abierto.

Andad con Dios.

Un rosario he menester. Tocas despacio concierto: la ocasión abrió la puerta; no saldrá, a mi parecer, tan presto, que es regatona.

DOÑA JUSEPA:

SANTAREN:

Yo no he de darle ocasión: ya sabes su condición.

Pues, si gruñe la viudona, quédese la caja aquí, señora, para que escojas. Posarios del padre Rojas y camándulas metí.

Hombre soy de confianza; mientras en el torno espero, compren y bajen dinero; y si no, amor es fianza. Como él salga por las dos, no les dé la costa pena: la caja les dejo llena: al torno.

Hombre, andad con Dios; Lleváos allá vuestra hacienda.

Hay bordados zapatillos, guantes de ámbar y bolsillos: escojan como en la tienda.

DOÑA JUSEPA:

SANTAREN:

¡Ay, que sale!

DOÑA JUSEPA:

SANTAREN:

Yo me torno.

DOÑA JUSEPA:

SANTAREN:

Llevaldo allá.

DOÑA JUSEPA:

SANTAREN:

No hay que hablar: al torno, al torno a pagar.

¡Hay tal hombre!

Al torno, al torno

(Vase.)

ESCENA X

DOÑA JUSEPA. - POLONIA

DOÑA JUSEPA:

¿Qué es esto, Polonia?

POLONIA:

Paula.

DOÑA JUSEPA:

A mi hermana rebuena le pareció; que de todo el sermón que hizo, han sacado mis desvelos que fueron el tema celos, y que dél se satisfizo.

POLONIA:

Es viuda de aquestos días: bien sospechas y bien dices; que aquestas sobrepellices son tapa-bellaquerías. Y afirma un barbimoreno que una viuda ensabanada es cual trucha salmonada, que está empanada en centeno.

DOÑA JUSEPA:

Polonia, no dudes dello. ¿No son las viudas mujeres?

ESCEÑA IX

SANTAREN. - DOÑA JUSEPA. - POLONIA

SANTAREN:

(Dentro.) ¿Compran peines, alfileres, trenzaderas de cabello, papeles de carmesí, orejeras, gargantillas, pebetes finos, pastillas, estoraque y menjuf, polvos para encarnar dientes, caraña, capey, anime, goma, aceite de canime, abanillos, mondadientes, sangre de drago en palillos, dijes de alquiria y acero, quinta esencia de romero, jabón de manos, sebillos, franjas de oro milanés, listones, adobo en masa?

(Sale en traje de bubonero con una caja.)

Cristo sea en esta casa. ¿Quién llamaba aquí al francés?

Aquí nadie: andad con Dios ¿Quién os ha enviado acá?

La escalera

¿Abierta está?

Descuidéme.

Si las dos quieren paños, que de red el uno presenta abona, randas o alguna valona, escoja vuesa merced como en peras.

(Deja la caja.)

Hablad paso. Polonia, échale de aquí, no salga mi hermana.

En mí no hay temor de qué hacer caso.

¡Qué mal la conocéis vos!

Pues compren y dense priesa...

Al subir la montañesa, dejé abierto.

Andad con Dios.

Un rosario he menester. Tocas despacio concierto: la ocasión abrió la puerta; no saldrá, a mi parecer, tan presto, que es regatona.

Yo no he de darle ocasión: ya sabes su condición.

Pues, si gruñe la viudona, quédese la caja aquí, señora, para que escojas. Posarios del padre Rojas y camándulas metí.

Hombre soy de confianza; mientras en el torno espero, compren y bajen dinero, y si no, amor es fianza. Como él salga por las dos, no les dé la costa pena: la caja les dejo llena: al torno.

Hombre, andad con Dios; Lleváos allá vuestra hacienda.

Hay bordados zapatillos, guantes de ámbar y bolsillos: escojan como en la tienda.

¡Ay, que sale!

Yo me torno.

Llevaldo allá.

No hay que hablar: al torno, al torno a pagar.

¡Hay tal hombre!

Al torno, al torno

(Vase.)

ESCEÑA X

DOÑA JUSEPA. - POLONIA

DOÑA JUSEPA:

¿Qué es esto, Polonia?

POLONIA:

Paula.

cuentas a sumar me dió, que mi dicha averiguó, por lo que en
ello interesa. El capitán se dé prisa, o no logrará su enero
Mientras, yo averiguar quiero la verdad desta partida; que tengo
la recaída, si se me muda el barbero. (Vase.)

(SALA EN LA POSADA)

ESCENA XIII

DON DUARTE - DON FERNANDO

DON DUARTE:

Rememto

Madrugué a costa del sueño, tanto a vuestra persuasión, cuanto
a ver por experiencia si hipérboles del amor tal vez salen
verdaderos. Las cuatro daba el reloj; de correr sudaba el
alba, porque la alcanzaba el sol. Salieron las dos hermanas;
que a ser tres como eran dos, las tres gracias en mentira
fueran verdaderas hoy. Iban en chapines bajos (a la brida
los llamó un crítico recoleto en la nueva locución), de las
manos, y tapadas, hacia la Puerta del Sol echaron, y yo tras
ellas, siguiendo sus pasos voy. Llegaron al Buen Suceso
-bueno me le dé el amor-, por las gradas de la fuente ellas,
por la puerta yo, frontera de la Victoria; que así me lo
aconsejó, para asegurar sospechas, la advertencia y discreción.
Hincáronse de rodillas después del altar mayor, delante de
aquel traslado del alba que humanó a Dios. Imitélas hasta en
esto, ellas norte, el imán yo, más curioso que devoto; pero
amor ya es devoción. No sé qué me daba el alba, previniendo a
la razón, con presagios, cautiverios; pero afirma el cazador
que la garza, entre infinitos, conoce luego al halcón que tiene
de darle alcance; y así yo a su imitación, desde el instante
que vi mi dama en el borrador del celoso manto, tuve esperesos
de afición. Salió un clérigo al altar, y a fuer de predicador,
nos dió a probar una misa en puntos, como sermón. Creí que se
descubrieran; pero en vano me salió; que no dió el cuidado en
ellas a los ojos permisión. Acabóse el sacrificio: y apenas
la bendición recibieron, cuando vuelven las espaldas, sombra
yo de sus pasos. Quiso el cielo, cuando el planeta mayor de
púrpura entapizaba su real peregrinación, que tropezase mi dama
en un hoyo, a intercesión de mis ruegos: que en "adrid todo
sirve a la ocasión. Llegué diligente a darla la mano que recibió,
salvo el guante, aunque por él rayo o nieve me abrasó; y
derribándola entonces el viento registrador el manto de la
cabeza, vi... No sé comparación que no quede vizcaína; porque
estrellas, luna y sol, cristal, oro, rubíes, perlas, jazmín,
rosa, clavel, flor, todo está manoseado. Siendo en cualquier
canción epítetos de alquiler, si niños de entierro no. Ya vos
sabéis su hermosura, y remitiéndome a vos, lo que a la lengua
no ffo, dejo a la imaginación. Vuestra viuda, airada entonces,
velos sutiles corrió a un retablo de hermosura, que, fulminan-
do rigor, me dijo: "La cortesía, hidalgo madrugador, agrade-
ciera, a venir no con tanta prevención. No es tan de alto la
caída que necesite favor quien, para excusarse dellas, vendrá
en zapatos desde hoy". Echóla el manto, y airada su camino
prosiguió, pagando instantes de penas en siglos de privación.
Sin atreverme a seguirlas, me trujo a mi habitación poco a
poco, no el sentido, pues sin él, amigo, estoy: el deseo de
contaros mi amorosa relación debió de animar mis pies. Llegué
en fin, mas no os halló mi dicha en casa, y sentílo; que en la
comunicación de los amigos descansa el tormento más atroz.
Buscándome Santerén -ya sabéis su extraño humor-, sacó, entre
burlas y veras, mi mal, por la turbación. Contésele importunado
y estorbos facilitó que, si cumple cual promete, mi dueño es,
su esclavo soy. Transformado en un instante vino en mercero
gascón, con una caja a la espalda, imitando oficio y voz,
pidióme que le entregase un presente de valor, que despachaba
a Lisboa a mi hermana, en ocasión que se casa noblemente;
désele, en fin, y metió en la caja prevenida, perlas, diamantes,
olor, guantes, zapatillas, medias; y a vueltas desto encerró
bujerías que curiosas ocupaban un cajón. Hízome escribir en
dos papeles; y, aunque estoy en la minuta de Apolo, con la
prisa y turbación, para una décima breve me dió el tiempo
comisión; que un soneto que la envío, el Camoens me le prestó.

Fuése con esto, y hallando favorable la ocasión, y para feliz aguero abierta la puerta, entró donde, si al uso del mundo joyas poderosas son para allanar imposibles, ya me juzgo vencedor. Este, amigo, es mi suceso; de dos hermanas los dos a un tiempo somos amantes, uno de otro imitación. Una caída fué causa de vuestra enajenación; de la mía un estropiezo: ¿Qué semejanza mayor? ¡Quiera Dios que a buen paraje llegue en popa la esperanza, sin borrasca ni temor!

DON FERNANDO:

No fuérades vos mi amigo con tanto extremo, si el dios de amistades y de amores no enlazara así esta unión. ¡Buen ánimo! Prosigamos; que, también, Don Duarte, yo tengo allá una mensajera con su traza y invención. Toquera Mari-Ramírez, un billete me llevó para la cuñada vuestra, que ya este nombre le doy. Mi diligencia y su ingenio saldrán con esta facción; que no son peñas de montes; de carne y de hueso son.

ESCENA XIV

SANTAREN. - Dichos

SANTAREN:

Al torno, al torno, señores, al torno, cuerpo de Dios, o tornaréme a mi oficio; que se perde la ocasión.

DON DUARTE:

Pues, amigo, ¿qué hay?

SANTAREN:

Al torno; mula de retorno soy. ¡Bueno va! Torneándose anda amor, de un torno andador. Alto, al torno, aventureros; que el amor mantenedor hoy os llama a ganar joya, y yo llevo la invención. Si os quedáis, allá me torno.

DON DUARTE:

Sigámosle.

DON FERNANDO:

¿Hay tal humor?

SANTAREN:

¿Compran peines, alfileres?...

(Cantando)

Tornerico sois, amor, y sois torneador. (Vanse.)

(Sala en casa de DOÑA BERNARDA; un torno a un lado.)

ESCENA XV

DOÑA JUSEPA, POLONIA.

DOÑA JUSEPA:

¡Gallarda entrada de amante!

POLONIA:

De juego de cañas es.

DOÑA JUSEPA:

¡Dadivoso portugués!

POLONIA:

Ya sabes que van delante las acémilas cargadas en toda justa o torno; no tiene amor buen empleo si no envía adelantadas postas, que llaman perdidas... Dádivas quiero decir.

DOÑA JUSEPA:

Perlas hay para cubrir diez gargantas; quarnecidas tres sartas dellas me envía, que te has de admirar de verlas.

POLONIA:

Amor se verá con perlas, y enfermo de perlesía. Como a la viuda acechaba, no lo vi.

DOÑA JUSEPA:

Veráslo todo después...

POLONIA:

¿Qué escribe?

DOÑA JUSEPA:

De modo que si de franco se alba su pluma es la más discreta que honró delfico laurel. Escucha aqueste papel.

POLONIA:

Pues, ¿viene en verso?

DOÑA JUSEPA:

Es poeta.

POLONIA:

¡Poeta, y envía presentes! El primero ha sido entre ellos, que ofrece oro sin cabellos y nos da perlas sin dientes. ¡Este sí que amante es, con sustancia y sin defeto!

DOÑA JUSEPA:

Oye agora este soneto.

POLONIA:

¿En su idioma.

DOÑA JUSEPA:

En portugués, Ya tú sabes o que gusto desta lengua.

POLONIA:

Yo ya sé cuán amigo della fué tu padre, y que de su gusto y libros fuiste heredera; En cuya letura gastas tantos ratos, que a ser bastas portuguesa verdadera.

DOÑA JUSEPA:

Y, ¿puede esto estar mal a mi amante?

POLONIA:

Ya lo ves.

DOÑA JUSEPA:

De soneto portugués vaya.

POLONIA:

Va de Portugal.

DOÑA JUSEPA:

(Lee) Quem vê, senhora, claro e manifesto o lindo ser de vossos olhos bellos, se naon cegara a vista só en vélos, naon pagara o que deve a vosso gesto. Este me pareceu o preço honesto; mas eu por deventaja merece-los, deimais a vida e a alma por quere-los, donde ja me naon fica mais de resto. Así que a alma, a vida e a esperanza, e tudo quanto tem, já tudo e vosso; mas o proveito diddos, en só o levo. Porque é tamaña a bemaventuranca de darvos quanto tembo e quanto pssso, que quanto mais vos pago, mais vos devo.

Soneto
de
Camões
em
portugués

POLONIA:

Aunque apenas le entendí, no hay más que pedir en él: derretido está el papel; mas yo más me derretí con los hechizos del dar. No hay que consultar consejo; despídamos nuestro viejo, que en tu abril quiere nevar. Ya sabes que recibió dos cartas ayer mañana señora, y que esta semana llega el viejo, pues partió de Sevilla el mismo día. Ama con resolución, y excusa la dilación: no llores tu cabardía cuando tengas mal despacho. Este es el torno, y arriba la viuda que te cautiva está: si vuelve el gabacho, deja melindres de dama y haz llamar a su señor.

DOÑA JUSEPA:

Polonia, tengo temor si viene.

POLONIA:

Escucha: ¿quién llama?

ESCENA XVI

SANTAREN y DON DUARTE dentro, al torno. Dichos.

SANTAREN:

¿Compran peines, alfileres?...

POLONIA:

Todo nos sucede bien. ¡Ah, socarrón Santarén!

SANTAREN:

¿Es Polonia?

POLONIA:

Sí.

SANTAREN:

¿Y me quieres?

POLONIA:

Tanto cuanto.

SANTAREN:

¿Y nuestra niña?

POLONIA:

Sebosiña un poco está.

SANTAREN:

¿De veras? Llégate acá, Señor, que todo se aliña. Aqué no había un agujero?

POLONIA:

Tapóle la viuda ayer.

SANTAREN:

Pues, ¿no nos hemos de ver?

POLONIA:

Concertar es lo primero. Señora, acércate aquí.

DOÑA JUSEPA:

Polonia, tengo vergüenza.

POLONIA:

Lo más hace quien comienza: llega; abrevia con el sí, mientras yo a la viuda espío.

DOÑA JUSEPA:

En fin, ¿le tengo de hablar?

POLONIA:

No, sino el alba. Bobear. (Llegándose al torno.) Llegaos acá, señor mío, que aquí vuestra dama os dejó, que en amor va tropezando. Señores, ir abreviando, que viene mañana el viejo.

DON DUARTE:

A no tener el estorbo destas tablas por padrino de mi amante atrevimiento, niña de amor, de amor niño, coloreara al hablaros; puesto que en todo ejercicio así de artes como ciencias, se suponen los principios. Cegué a la Puerta del Sol, a los rayos improvisos de otro sol que en el ocaso de un velo adoré escondido. Yo caí, vos tropezastes, y en imitar los peligros, si

la mano llegué a daros, la mano vengo a pedirlos y a ejecutarlos con ella.

DOÑA JUSEPA:

Si hacéis con todas lo mismo, que descapellan chapines, ya estaréis de manos rico. Amante que se enamora al descubrir repentino de una cara entre dos luces sin más tiempo y requisito ¿qué fianzas nos dará de que por el mismo estilo que estopa frágil se enciende, no le apague leve olvido?

DON DUARTE:

Eso tiene la excelencia de un objeto: el basiliseo mata en mirando; al instante ciega el sol; anega el río. A ser vos como las otras pudiera ser.

POLOMIA:

Señor mío, lo que importa es ir al caso, y eso dejarlo a los libros.

SANTAREN:

¡Bien haya quien te parió!

POLOMIA:

Mi señora está al estribo de un matrimonio setenta, que viene ya de camino. Si es vuesa merced soltero, y pretende estar cautivo en un Arce de quince años, déjenos orden y aviso para informarnos mañana de sus virtudes o vicios, calidad, patria y hacienda; y si no, adiós.

SANTAREN:

Eso pido. ¡Oh, Polonia compendiosa! ¡Uta, señor, este quicio; que es sobre quien ha de andar todo nuestro laberinto. Esta es Polonia, la esclava.

DON DUARTE:

Siendo vos discreto arrimo de mi honesta pretensión, pocos medios necesito. La información que pedís, podrá dárosela un amigo que centinela a la puerta nos asegura este sitio. El os satisfará a todo, que también gasta suspiros por prendas de vuestra casa.

SANTAREN:

Es el barbero fingido.

DOÑA JUSEPA:

¿Cómo es eso?

POLOMIA:

¡Extraño cuento!

DON DUARTE:

Soyle en dichas parecido: a caídas dió socorros, a sus amores arbitrios, y adora a Doña Bernarda.

DOÑA JUSEPA:

¡Es el caso peregrino! Llamalde acá, que he de hablarle.

DON DUARTE:

En una casa vivimos, que cara a cara nos hace de la vuestra fronterizos; mayorazgo de Aragón, a su información remito el abono de mis prendas, por no alabarme a mi mismo. Crédito hidalgo merece: a llamarle voy. (Se les oye retirarse.)

POLOMIA:

Cogido nos ha en el hurto señora.

DOÑA JUSEPA:

¿Ay, Polonia? ¿Los ha visto?

POLOMIA:

¡No! pero sale y verános, si los pasos diferimos; éntrate por esta parte.

DOÑA JUSEPA:

¿Y el portugués derretido?

POLOMIA:

Presto daremos la vuelta, o yo vendré a despedirlos: esto baste por ahora.

DOÑA JUSEPA:

¡Mal haya tanto registro!

ESCELA XVII

DOÑA BERNARDA, Y DESPUÉS DON FERNANDO,
SANTAREN y DON DUARTE, dentro.

DOÑA BERNARDA:

¡Ay, si la sutil toquera llamase al torno!

SANTAREN:

(Llama SANTAREN al torno.)

DOÑA BERNARDA:

O se han ido, o están sordas. ¡Ah, señoras!

SANTAREN:

¿Quién llama?

DON DUARTE:

El descuido es lindo.

DOÑA BERNARDA:

Aquí viene Don Fernando, tan cuidadoso en serviros cuanto amante y desenso de ser de un mongil marido.

(Ap.) ¿Cómo es esto?

DON DUARTE:

Valde fe; que, puesto que es mi padrino, no engañan los caballeros, ni mienten los bien nacidos.

DON FERNANDO:

Don Duarte de Morona, (que añadiendo al ser mi amigo el amor, en esta casa en un instante ha perdido libertad de muchos años, sin que amorosos hechizos de patria jurisdicción aleguen en sus sentidos) a la Puerta os vió del Sol (a la puerta vuestra, digo) despejando el viento estorbos a instancia de aquel propicio accidente: y volvió tal, que a no sustentar alivios de esperanzas sus deseos, corriera riesgo el juicio. Su calidad es notoria, sus años son venticinco, su mayorazgo es de renta cuatro mil cruzados, dignos, de que su señora os llamen: afable, noble, entendido, poeta, músico diestro, sin deudas, sin enemigos, galán, dadivoso, alegre, cortés, valiente, cumplido, y portugués, sobre todo, para amaros: hasta he dicho.

equivoco: le hablan como si fueran Josepa

DOÑA BERNARDA:

(Ap.) ¿Hay perdición semejante? Miren de lo que han servido tornos, desvelos y puertas! Contra el amor no hay presidios; mas donde sobran toqueras, y hay tornos que abren resquicios y sobornan agujeros, sin razón me maravillo. Mi amante barber es éste, que a interceder ha venido por no sé quién con Josepa; y según lo precedido, hablando con ella estaba. Basta; que yo sólo sirvo de espanta-gustos en casa. Hacen bien, pues siempre riño.

DON FERNANDO:

¿Qué silencio, ángel hermoso, quiero con mudos castigos carne penas, cuando tanto vuestro favor necesito?

DOÑA BERNARDA:

(Ap. ¡Favor de mi hermana! ¡Ay, cielos, si sospechas no averiguo, más mal hay del que pensaba!) La cortedad, señor mío, tan propia en las de mi edad, y más con no conocidos, han puesto freno en la lengua si bien palabras animo. Buen pintor sois de pasiones amorosas en amigos; más pintores y poetas pecáis de ponderativos.

DON FERNANDO:

¿De qué servirá afirmaros lo que os deben de haber dicho los ojos, puertas de amor?

DOÑA BERNARDA:

¡Amor! Pues, ¿hele yo visto?

DON FERNANDO:

¡Bueno es eso!

DOÑA BERNARDA:

¡Yo! Pues, ¿dónde?

DON BERNARDO:

En la iglesia a lo divino, y en la plazuela a lo humano.

DOÑA BERNARDA:

Yo estropiezo, mas no miro.

DON FERNANDO:

Ahora bien, Josepa hermosa, vamos al caso: prolijos años amenaza hielos, si no prevenís abrigo. Procurad saber quién es

DOÑA BERNARDA:

Don Duarte; busque testigos de abono nuestra Polonia; enteraré- isos; que afirmo aún menos de lo que todos alaba, en quien os digo.

DON FERNANDO:

(Ap. ¿Qué también entra en la danza la perrita? No me admiro que allanen dificultades embelecidos berberiscos.) Eso averigüelo el tiempo, que es gran desentierra-vivos; y decidme, ¿en qué punto andan desvelos y amores viudos?

DOÑA BERNARDA:

¿En mí, señora? En creciente, y espero, con vuestro arrimo, tener un feliz suceso.

DON FERNANDO:

Yo os hiciera ese servicio, por pagar en lo que cobro y alentar melindres tibios, a ser menos rigurosa mi hermana, viuda de vidrio tan delgado, que se quiebra a un tris y nos hunde a gritos. Pero poca falta os hacen a vos esos requisitos, si sangrador cauteloso terciáis tan bien por vos mismo.

DOÑA BERNARDA:

(Ap. ¿Hay bellaquería igual?) Amor, primero mendigo, ya enmendando ociosidades, sabe todos los oficios. Mas dejemos esto agora; que está medio derretido vuestro amante, y forma quejas de que le ocupe este sitio.

DON FERNANDO:

Pues, ¿impórtacs a vos menos? ¿O no es vuestro amor tan fino que hablando de vuestra dama, cortás a tal tiempo el hilo?

Mi dama ahora no corre tanto riesgo; ni hay marido, que, apresurando jornadas, traiga el amor de camino.

DOÑA BERNARDA:

Pues, ¿quién os ha asegurado a vos de que esos peligros? ¿No tiene su alma en su cuerpo la viuda? ¿Tan desvalido anda un mongil en la corte, que falte en años floridos quien se oponga a su baluarte?

DON FERNANDO:

Antes es todo apetitos para los gustos su estado; mas ha tan poco que vino y vive tan recoleta, que es una santa.

DOÑA BERNARDA:

Refos de viudas recolecciones en mongiles primerizos: y porque no os descuidéis, advertid que de un sobrino pienso que ha de ser esposa, que aquí el capitán previno.

DON FERNANDO:

¿Qué decís?

DOÑA BERNARDA:

Lo que sospecho.

DON FERNANDO:

¿Es ése aquel atrevido que anoche en el patio hallé, y dueño de se hizo?

DOÑA BERNARDA:

Sería:

DON FERNANDO:

Jusepa hermosa, en tal caso, desatinos de amor sabrán acortar pasos del sobrino y tío.

DOÑA BERNARDA:

(Ap.) Mi hermana me está mirando: impórtame dar indicios de que el trato he descubierto de su amor.

SANTAREN:

¿No habrá un resquicio por donde Santarén vea esa cara de membrillo? Señora Polonia, aseme toda la tez, que embutido el cuello, como en tablado, veré correr los novillos.

DOÑA BERNARDA:

Buena anda en verdad mi casa. (Ap. Ahora que llego finjo). ¿Qué atrevimientos son éstos, villanos descorredidos?

SANTAREN:

(Tuerce el torno y cócele la cabeza a SANTAREN.)
¡Ay! ¡Ay! ¡Que me descaznatan! ¡Ay, el pescuezo torcido, estoy como en ratonera! ¡Espacio, cuerpo de Cristo!

DOÑA BERNARDA:

Abrid esas puertas. ¡Hola! =

(Salen por una parte DOÑA JUSEPA y POLONIA y abren: salen entonces SANTAREN quejándose, DON FERNANDO, DON DUARTE y SANTILLANA.)

¿En aquestos ejercicios se ocupan los de mi casa?

ESCENA XVIII

DOÑA JUSEPA y POLONIA, DOÑA BERNARDA, DON FERNANDO, DON DUARTE y SANTAREN.

DOÑA JUSEPA:

¿Qué es esto, hermana?

SANTAREN:

Bendito sea Dios, que la puerta abrieron.

POLONIA:

(Ap.) Mas que me pringan.

DOÑA BERNARDA:

Fingidos embañores, ¿qué queréis?

SANTAREN:

Yo ando vendiendo abanillos, y podré andar desde agora la nariz al colorrillo.

DON FERNANDO:

Yo soy, señora, el barbero de anoche, que, compasivo de dejaros indispueta, vuelvo a ver cómo os ha ido.

SANTILLANA:

¡Buena chianza! Esta es maldad.

DON DUARTE:

Yo vengo a saber si vino el capitán de San Lúcar.

DOÑA BERNARDA:

Y yo también he venido a advertiros que si está sin hombre esta casa, vivo en ella yo; y que en la corte hay justicia y hay castigos. Vayan hidalgos con Dios; que si voy a dar aviso a quien excesos remedia, saldrán mal de sus ministros. Mi hermana está ya casada, yo y todo tengo marido; y aun cuando fuera otra cosa, son inútiles conmigo engaños de sangradores y toqueros artificios.

POLONIA:

Señora...

DOÑA BERNARDA:

¡Cierra esas puertas, perra! ¡En buenos laberintos nos has enredado a todas!

POLONIA:

Pues yo, ¿qué culpa he tenido?

DONA BERNARDA:
 SANTILLANA:
 DONA BERNARDA:
 SANTILLANA:
 DONA BERNARDA:
 SANTILLANA:
 DON FERNANDO:
 DON DUARTE:
 SANTILLANA:
 SANTAREN:

Yo te lo diré después.
 ¡Los galanes de tornillo, que al torno se nos pegaban!
 Haced vos del no entendido.
 Pues, ¿yo...?
 Andad, salid también.
 Vendré a ser Muño Salido.
 Celos llevo.
 Yo temores.
 Yo vejez.
 Yo retortijos;

*Obstáculos
 Bernarda describe todo*

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

(Sala en casa de Doña Bernarda.)

ESCEMA I

DONA BERNARDA y DONA JUSEPA.

DONA BERNARDA:
 DONA JUSEPA:
 DONA BERNARDA:
 DONA JUSEPA:
 DONA BERNARDA:
 DONA JUSEPA:
 DONA BERNARDA:
 DONA JUSEPA:
 DONA BERNARDA:
 DONA JUSEPA:
 DONA BERNARDA:
 DONA JUSEPA:

Don Luis le salió a dar cuenta al camino de todo: mira tú, si por andar nuestra casa deste modo, determina averiguar Don Gómez lo que ha pasado, ¡qué bien habré yo cumplido con tu guarda y mi cuidado!
 Pues de que tú haya s caído y el otro te haya ayudado, y disfrazándose aquí procure, sólo por ti, ser sangrador cauteloso, ¿de qué está Don Luis celoso? ¿Qué culpas hallas en mí?
 En ti, ni por pensamiento; que eres un alma de pios, y esta casa es un convento que los trae de dos en dos, si no son de ciento en ciento.
 ¿Qué es lo que trae?
 Los devotos de quien es el andadera la esclava, que, mani-rotos, haciéndola su tercera, causan estos alborotos. Los que yo en el torno hallé, cuando de allí los eché, sí que no hablaban contigo.
 ¿Conmigo? ¡Jesús! ¿Conmigo? Yo, ¿cuándo al torno llequé?
 ¡Bonita eres! ¿Tú? Jamás. Estás ya beatificada.
 Y tú maliciosa estás.
 La plática comenzada, que yo proseguí, ¿dirás que sin cabeza ni pies tuvo principio en el aire? ¿Y el abono que después pediste, viendo el donaire del fidalgo portugués, al astuto sangrador, gitano ponderador que tú estabas aplaudiendo?
 Hermana, yo no te entiendo, dejarte será mejor. Lo que yo te sé afirmar es que deseo la venida de quien me ha de rescatar deste Argel, como la vida. Acabe ya de llegar, aunque viejo me atormente pues con él he de vivir; que en el engaño presente, más quiero a un viejo sufrir que a una viuda impertinente. (Vase.)

ESCEMA II

DONA BERNARDA

DONA BERNARDA:

La codicia y la afición pelean dentro en mi pecho, y cada cual el derecho alea de su opinión: tiene Jusepa razón en no cautivar cuidados con setenta años nevados; y así combato me dan las barras del capitán, que pesan diez mil ducados. Convénceme el interés a guardalla y reprendella, y la edad la inclina a ella al gallardo portugués. Amigo de mi amante es; bastaba para obligarme a hacer sus partes, si el darre los diez mil no hiciera exceso; pues perdiendo diez mil pesos, no tengo con

qué casarme. El viejo la está mejor que es una bobo mi hermana, pues cien mil ducados gana al primer lance de amor; la senectud din calor es nieve que se dilata al fuego que la maltrata; necia será si no admite años que el amor derrite, pues se quede con la plata.

ESCENA III

SANTILLANA. - DOÑA BERNARDA

SANTILLANA:

Lo que en esta corte pasa, no se puede imaginar. ¿Quién había de pensar que aquí, frontero de casa, se atreviera un caballero a tales desenvolturas?

DOÑA BERNARDA:

¿Entráis ya haciendo figuras? ¡Qué viejo tan hazañero! ¿Qué v viejo tenmos de invención?

SANTILLANA:

No piense que es como quiera. En la posada frontera hay dos huéspedes, que son los que halló vuesancé ayer haciendo al amor tornero: el que se fingió barbero, dicen que debe tener seis mil ducados de renta, sin los que está pleiteando, y se llama Don Fernando de Aragón; y por la cuenta, aquí se viene a casar. Y el que trae siempre consigo, es un portugués, su amigo, que se tiene de llamar Don Cuarte de Oroña. Mire por sí vuesanced; que andan tendiendo la red a toda dama bisoña, y ha de dar en el garlito si los deja entrar aquí.

DOÑA BERNARDA:

¿Pues qué habéis vos visto en mí, o yo cuándo los admito, para que me déis consejos?

SANTILLANA:

Ocasiones cortesanas en quien por no peinar canas está de malicias lejos, suelen echar a perder cualquier honra descuidada. Agora entré en su posada; que a un montañés iba a ver que trae cartas de mi gente; y hallé al sangrador fingido harto bien entretenido.

DOÑA BERNARDA:

¿Jugaba?

SANTILLANA:

Amorosamente.

DOÑA BERNARDA:

¿Qué dices?

SANTILLANA:

Con una dama, que al parecer le pedía celos, y él la divertía.

DOÑA BERNARDA:

(Ap.) ¡Ay cielos!

SANTILLANA:

Según la fama que tiene nuestro barbero, de cuantas mira es galán, que es de aquestos del refrán: "cuantas veo, tantas quiero".

DOÑA BERNARDA:

Pues, ¿a vos quién os ha dado cuenta tan particular?

SANTILLANA:

Como me mandó informar de todo, puse el cuidado que es justo, y lo pregunté a los mozos y criadas; que, en las casas de posadas, no hay secreto que lo esté. Y mientras hablando estaba con el de mi tierra, vía la dama que le reñía, el portugués que terciaba, y el amante barberil adorando sus pucheros. No hay fiar de forasteros; guarde Dios nuestro mongil.

DOÑA BERNARDA:

¿Estáis loco?

SANTILLANA:

¿Qué sé yo? Esto lo que pasa es; porque no diga después: "Vieja fué, y no se coció".

DOÑA BERNARDA:

Pues, bárbaro, ¿qué me importa a mí que ese forastero sea villano o caballero, con la hacienda larga o corta, con dama que quiera o no?

SANTILLANA:

Yo dígole por si acaso. Como le hallé al torno...

DOÑA BERNARDA:

Paso, ¿soy desas mujeres yo? Andad, no entréis más aquí.

SANTILLANA:

Porque digo...

DOÑA BERNARDA:

Canapán, idos luego.

SANTILLANA:

Ya se van.

DOÑA BERNARDA:

¡Atrevido! ¿Vos a mí?

SANTILLANA:

Miren! ¡Porque la doy luz de amantes embustidores! Plazuela habrá de Herradores y Puerta de Santa Cruz. No me han de fallar dos reales, y señoras de alquiler.

DONA BERNARDA:
SANTILLANA:
DORA BERNARDA:
SANTILLANA:

Aguardad a que salgan, entre tanto que yo otra cosa no os digo.
Voy.
Pero venios conmigo. ¡Hola, esclava! Dame un manto. (Ap.)
¿Dónde me lleváis, pasiones? ¿Qué tormento es éste, cielos?
(Ap') O la viuda tiene celos, o la pican sabañones. (Vanse.)
(Sala en la posada.)

Fernando
Bernarda
Melchora

ESCEÑA IV

DORA MELCHORA; con manto; DON FERNANDO, DON DUARTE.

DORA MELCHORA:

DON FERNANDO:

DORA MELCHORA:

DON FERNANDO:

DORA MELCHORA:

DON FERNANDO:

DORA MELCHORA:

DON FERNANDO:

DORA MELCHORA:

DON DUARTE:

DORA MELCHORA:

DON DUARTE:

DORA MELCHORA:

DON FERNANDO:

DORA MELCHORA:

DON FERNANDO:

DORA MELCHORA:

No hay disculpas contra avisos de desengaños y enojos: Don Fernando, en vuestros ojos descuidados y remisos delecto la tibieza que encubris en lo interior; no vive en la lengua amor; los ojos le dan firmeza. Quedaos con Dios y gozad mil años mi sucesora.
Hermosa Doña Melchora, no echéis a mi voluntad culpa de mis pretensiones. Ya os he dicho que llegué anteanoche.
Ya lo sé.
Mis pleitos y ocupaciones dilataron el buscaros: como de barrio mudastes y ignoro donde os pasastes, fué imposible el visitaros.
Yo, Don Fernando, mudé la casa, y el gusto vos: mudables somos los dos, yo de barrio, y vos de fe. Quién lo será más, juzgad. ¿Mi casa no os escribí a Zaragoza?
Es así.
Pues otra excusa buscad.
Por Dios, que se me perdió la carta.
Con la memoria no fué mucho. ¡Linda historia! No quiero apuraros yo: Dios es guarde.
Si yo puedo hacer estas paces...
¡Bien! ¡Sois vos muy firme también! A la dama de Toledo se lo preguntad, que está de vuestras visitas harta. ¿Perdistes también la carta? ¿No habéis acertado allá?
Basta, que vuestra pendencia viene de participantes.
Sois los dos firmes amantes: No os olvidáis en ausencia. Adiós.
No habéis de dejarnos, por lo menos sin decir vuestra casa.
¿Para huir della?
Para disculparnos.
Harto buena es la deshecha. Porque excuséis su ocasión, en la calle de León vivo, a la mano derecha, en una casa que está recién hecha entre dos viejas: dos balcones y tres rejas. Con esto no iréis allá. (Vase.)

ESCEÑA V

DORA BERNARDA, con manto, SANTILLANA, DON FERNANDO, DON DUARTE.

DORA BERNARDA:

DON FERNANDO:

"En una casa que está recién hecha entre dos viejas."
¡Apacible fin de enojos! ¡No errará a mortales señas! Por cierto, señor hidalgo, que, en tan lícitas y honestas ocupaciones, tendréis segura la primavera de vuestra florida edad, si mocedades no peinan las cans, que anticipadas tiene después la vergüenza. Posadas que en esta corte desenvolturas hospedan lograrán justas ganancias sin cargo de sus conciencias. Devotamente obligáis con tan santas diligencias a Dios, para los despachos de vuestros pleitos y haciendas. ¡Cristianas ocupaciones!
Cuando otra bondad no tengan sino haberos persuadido a reprehensiones como éstas, discreta predicadora, ya mis dichas las aprueban; que tal vez de los pecados se siguen las obras buenas. ¿Quién sois vos, señora mía, que tan cuidadosa y tierna por la salud de las almas entráis en casas ajenas?

DOÑA BERNARDA: ¿Loráis?

SANTILLANA: ¿Qué tengo de hacer, si así se pagan leales?

DOÑA BERNARDA: Volved acá; compasión es tenerlo no os despiráis; que, al fin aunque caducáis, seáis con buena intención. Que ese hombre esté entretenido me está bien; que sospechaba, como aquí se nos entraba, ya sangrador atrevido, y ya a este torno asistente, al algún travieso desmán. Presto vendrá el capitán; no hay que temer al presente. Al fin, con una mujer le vistes: ¿y la mostraba voluntad?

SANTILLANA: Bien la miraba.

DOÑA BERNARDA: ¿Tenía buen parecer?

SANTILLANA: Como le hablaba, cubierta hasta los pechos el manto, no pudo advertir en tanto; mas no me pareció tuerta.

DOÑA BERNARDA: ¿Y era persona de suerte?

SANTILLANA: No lo son las que tapadas en las casas de posadas se entran, si en ello se advierte. Mas en verdad, que según formaba quejas la tal, cuando no muy principal, no me pareció común.

DOÑA BERNARDA: ¿Muchas galas?

SANTILLANA: Las que el uso de la vanidad hereda: su chamelote de seda leonado y negro se puso; escapulario y basquiña correspondiente al jubón, que, abrochándose a traición, el cristal delante aliña; cordón de pita hecho lazos, cada mano de manteca, con su red a la muñeca, por remate de los brazos. Popa que cruje al andar, banda que el pecho atraviesa, con una madre Teresa, que, sin saberla imitar, de tortuga guarneció con sus menudencias de oro: todo esto traigo de coro, sin lo que se me quedó. El manto, aunque despuntado, con palmo y medio de rec. ¡Qué! ¿Pensaba vuesarced que las puntas que han quitado les hacen faltas? ¡Ponitas son! Si en carnes anduvieran, de la misma carne hicieran guarnición las mujercitas.

DOÑA BERNARDA: Despacio estábades vos, que tanto pudistes ver.

SANTILLANA: Soy amigo de saber, y acechélos a los dos por entre una rendija.

DOÑA BERNARDA: Luego, ¿cerrados estaban?

SANTILLANA: A puerta cerrada hablaban; y si quiere que colija en lo que esto ha de parar, la dama por esta noche no ha menester silla o coche que allá se queda a cenar.

DOÑA BERNARDA: Mas que se quede este mes.

SANTILLANA: Por mí que se quede treinta.

DOÑA BERNARDA: Según vos hacéis la cuenta, ¿rocóla al aragonés?

SANTILLANA: Si es hombre, ¿qué maravilla?

DOÑA BERNARDA: ¿Y ella?

SANTILLANA: Rehusaba primero; pero al fin, al fin, "no quiero, y échamele en la capilla".

DOÑA BERNARDA: Sois un malicioso vos.

SANTILLANA: El curso malicias cría.

DOÑA BERNARDA: Id, y ved si todavía se están hablando los dos.

SANTILLANA: Que me place.

DOÑA BERNARDA: Mas no vais. ¿A mí qué me importa eso?

SANTILLANA: No está claro.

DOÑA BERNARDA: (Ap.) (Piendo el seso. ¡Ay, celos, que me abrasáis!) ¿Sabéis vos cómo se nombre esa mujer?

SANTILLANA: No advertí en ello.

DOÑA BERNARDA: ¿Buen talle?

SANTILLANA: Sí.

DOÑA BERNARDA: ¡En verdad que es gentil-hombre! - Idos con Dios... Esperad. Volved; decidle... ¿Qué es esto? En fin, ¿no se irá tan presto?

SANTILLANA: Yo pienso que no.

DOÑA BERNARDA:

¡Buena será que finjáis ignorancias que os condenan, cuando oficios adoptivos contra el honor abren puertas! ¿Tendrás vos atrevimientos para negar desenvueltas osadías, que anteanoche mancharon vuestra nobleza?

DON FERNANDO:

Yo, mi señora, no sé qué descréditos se atrevan a deslucir mis costumbres corteses, aunque traviesas. Por otro me habréis tenido.

DOÑA BERNARDA:

¡Buenas excusas son éstas, para quien ayer os vió ejercitar las cautelas! Que si los tornos hablaran y como tienen orejas por donde entraron lisonjas, les diera la ocasión lenguas, vuestras locuras contarán.

SANTILLANA:

Hombre que tal cosa niega, negará que ahora es de día. ¡Hay tan grande desvergüenza!

DOÑA BERNARDA:

¿Quién os mete a vos aquí?

DON DUARTE:

Ahora, señora, no quiera el cielo que desazone favor y merced como ésta el negaros la verdad. A la vista de una venta salteastes desmayada una voluntad, pechera desde entonces a esos ojos, que con industrias intenta, hurtando ajenos oficios, que la conozcáis por vuestra. Si lícitas esperanzas hallan en vuestra belleza lugar para pretensiones que califica la iglesia, Don Fernando de Aragón, en discreción, en nobleza, en cantidad y en edad, es digno de que os merezca.

DON FERNANDO:

No me traen esos cuidados a vuestra casa, ni quiera el cielo que mi viudez sus méritos altos pierda. Sólo vine a persuadiros que no cohechéis montañas, y, asistente en vano a tornos, desautoricéis lancetas: que tiene dueño mi casa, y esposo Doña Jusepa, cuyo dote está librado en la opinión que sustenta. El que aquella noche hallastes, cuidadosa centinela de nuestra reputación, fundando su agravio en ella, es un sobriño de quien mi hermana obedece cuerda, y en quien, a aceptarlo yo, aliviara algunas penas. Pero no estoy por ahora a nuevos yuocs dispuesta, si bien los tiempos se mudan y alcanzan mucho asistencias. Lastimada de que en vos tan gallarda edad se pierda en contagiosos peligros donde el cuerpo y alma enferman, olvidé mi propia causa por la de Dios, cuya ofensa siento tanto, que a los ojos salen compasivas muestras.

DON FERNANDO:

No lloréis más, alba hermosa, que, desperdiciando perlas, convertís a lo divino y a lo humano causáis penas. Y estoy ya por vos, no santo, aunque oyéndoos bien pudiera, más penitente de amor con un corazón de cera.

SANTILLANA:

(Ap.) ¡Oh, hipócrita socarrona! Comprate quien no te entienda. ¡Vendes vino y das vinagre! Lágrimas son tabernerías.

DOÑA BERNARDA:

No extrañéis estos extremos, que soy de corazón tierna, y en fe de quererlos bien sentir que os perdáis es fuerza.

DON FERNANDO:

Aseguradme eso vos; queredme bien y estad cierta que labráis obligaciones en bronces correspondencias.

DOÑA BERNARDA:

Quiéroos bien como a cristiano y prójimo, y os quisiera ver tan reformado en todo, que, no asegurando quejas, me excusádes de hacer provocadas diligencias; que en lo demás no se trate.

DON FERNANDO:

No porque amenazas tema, mas por no daros disgusto es razón que os obedezca. Yo os prometo limitar ocasiones, de manera que ninguno en esta calle desde mañana me vea. En Madrid, hay otros barrios: Si estáis con esto contenta, mañana me mudaré tan lejos, que desvanezca vuestro recelo y mi amor.

DOÑA BERNARDA:

Lo primero, enhorabuena; digo, el no entrar en mi casa; mas lo segundo, no quiera Dios que yo os desacomode. Mas vale que viváis cerca porque yo pueda estorbar solicitudes traviesas; que, si ignoro vuestra casa, podéis, sin que yo lo sepa, hacer contra mi opinión máquinas que el ocio inventa. Tened, señor Don Fernando, en más vuestra gentileza; dejad gustos alquilados, daldos a quien os merezca; y el cielo os guarde; que voy consolada y satisfecha; que estimaréis los avisos de quien serviros desea. No habéis de pasar de aquí los dos.

DON FERNANDO:

Daréisnos licencia, para acompañaros.

DOÑA BERNARDA:

No, que es ri casa la frontera y podrán de las ventanas veros, causando sospechas cumplimientos familiares. Adiós.

SANTILLANA:

(Ap.) La chanza va buena.

(Vanse DOÑA BERNARDA y SANTILLANA.)

ESCENA VI

DON FERNANDO, DON QUARTE

DON FERNANDO:

¿Qué sentís, amigo, desto?

DON QUARTE:

¿Qué os parece a vos que sienta de lágrimas a dos haces que apetecen lo que niegan? Vive Dios que va perdida, y que el grano de pimienta de los celos que la distes ha sazonado la mesa.

DON FERNANDO:

¡y, amigo! ¿Si se casa con el sobrino?

DON QUARTE:

Sinpleza indigna de vuestro ingenio, Don Fernando, amigo es ésa. Viuda que llora y predica y sin ser llamada se entra por las casas de posadas entro cente forastera, no duréis, si sois discreto, que tiene algo que la aprieta más adentro del cartón, aunque más virtudes venda. ¡Pobre de quien idolatra en una niña que espera cien mil pesos de día en día, que es terrible competencia!

DON FERNANDO:

Profetizar vos verdades, y la viuda amor me tenga; que, siendo así, el ayudaros es forzosa consecuencia.

ESCENA VII

SANTARÉN. - Dichos

SANTARÉN:

¡Albricias, que ha parecido una mina toda llena de caratusas de amor!

DON QUARTE:

¿Qué hay, Santarén?

SANTARÉN:

Hay que vengan albricias, y lo sabrás.

DON QUARTE:

Paréte las.

SANTARÉN:

¿Qué tan buenas?

DON QUARTE:

El vestido de camino.

SANTARÉN:

¿Con botas?

DON QUARTE:

Y con espuelas.

SANTARÉN:

Pues sabrán vuestras mercedes, sabrán que bajé a la cueva a sacar un jarro de agua, cuando en Dios y en hora buena oigo tras una pared que el dicho sótano redía, que cantaba mi Polonina, colgando un razo de velas en el tabique, de un clavo; imaginad mi sorpresa. Concíle en el metal de la voz, y el alma llena de cosquillas amorosas la dije: "Hermana perrenca, duélete de Santarén que en ti desde ayer desea dar dos nietos a Mahoma, que vayan después a Meca." - "¿Quién te echó por estas partes si no eres ánima en pena?" - "Un jarro de agua, respondo." - "Luego, ¿aquesta misma cueva sirve a tu casa?" - replica. El diablo se lo dijera, respondí, y ella prosigue: - "¿Qué mayor dicha tuviera a ser tu señor Julio? ¿Mi para qué se desvela nuestra niña en buscar trazas con que excusar bodas viejas? Un tabique nos aparta: si el ánimo le agujera y un tinajón arrinando nuestra industria lo remedia, habrá comunicación nocturna, sótana duenda cada noche, y mamá ránla la viuda, el torno y las rejas. Avisa luego a tus años mientras que a Doña Jusepa triago, que está rematada; porque el ver darse tal priesa a venir su viejo amante asegura diligencias y la tienen mis caricias más blanda que una manteca". Partióse, y yo de dos saltos subo brincando escaleras; pero al tiempo de avisarte te hallé con no se qué hembra. Dí parte a Mari-Parírez, y como obispar desea si vaca Corozafín, y está tu amor a su cuenta, bajó al sótano conmigo; un martillo me encomienda, y, ayudándore con otro, cascote echamos en tierra hasta abrir un boquerón, por donde seguro puedas ser Piramo

lo describe por accidente

lo cuenta a Santarén

DON DUARTE: soterrano de una Tisbe conadreja.
 SANTAREN: ¿Hay suceso semejante? Padre por tan ricas nuevas los brazos.
 DON DUARTE: Truécamelos!
 SANTAREN: ¿Por qué?
 DON DUARTE: Por esa cadena.
 DON FERNANDO: Que me place. Don Fernando, ¿qué os parece?
 DON DUARTE: La comedia que del Filite glorioso Plauto en Roma representa.
 SANTAREN: ¿Qué esperáis? ¿Qué os suspendéis?
 DON DUARTE: Vamos, amigo. ¡Qué tenga mi amor tan buena salida!
 SANTAREN: Exclamacioncitas fuera, y alto a acompañar tinajas; porque celebréis entre ellas desposorios ratoniles, si no son bodas culebras. (Vanse.)

(Sala en casa de DOÑA BERNARDA. -Nochece.)

ESCEÑA VIII

DOÑA BERNARDA:

DOÑA BERNARDA: Si deste barrio se muda a donde después no sé, ¿cómo icielos! le veré? Poco amor tiene sin duda quien tan desapasionado mudanza promete hacer. ¡Ay, cielos! Por la mujer que le habló está rematado. ¡Qué necia fui en no decirle claramente mi pasión! Ciertas mis desdichas son si no vulvo a divertille de la prenda que le abrasa. Pero, ¿qué ha de sospechar quien me vea un día entrar tantas veces en su casa? Y más de noche: ¡ay de mí!, que estoy un abismo hecha de amor, congoja y sospecha.

ESCEÑA IX

DOÑA JUSEPA, POLONIA, DOÑA BERNARDA

DOÑA JUSEPA: (Hablando con Polonia aparte al salir.) Calla, que está hermana aquí.
 POLONIA: Dejarémosla acostada y a la cueva acudirémos.
 DOÑA JUSEPA: No sé en eso lo que haremos; que estoy temblando y turbada.
 DOÑA BERNARDA: Pues, Jusepa, ¿qué hay de nuevo?
 DOÑA JUSEPA: ¿Qué hay de viejo?, digo yo.
 DOÑA BERNARDA: Al viejo que te adoró su plata le hará mancebo. Ya poco puede tardar; hoy le espero con la cena. Yo prometí una novena y la quiero comenzar desde hoy en el Buen-Suceso. Entretanto en tu labor y haz prevenciones de amor para el capitán.
 DOÑA JUSEPA: En eso hay tanta dificultad que no sé si he de poder.
 DOÑA BERNARDA: Pues, hermana, esto ha de ser de fuerza o de voluntad, Polonia, vente conmigo.
 DOÑA JUSEPA: ¿No dejas sola?
 DOÑA BERNARDA: Esto poco, que no te comerá el coco.
 POLONIA: (Ap. a Doña Jusepa.) Señora, haz lo que te digo.
 DOÑA BERNARDA: No hayas miedo que me tarde.
 DOÑA JUSEPA: ¿Sola y cerrada?
 DOÑA BERNARDA: Por ti la novena prometí. No eres medrosa o cobarde. Quiérole pedir a Dios que te disponga a querer a quien tu esposo ha de ser. Luego volvemos las dos. Dame chapinillos bajos, un nanto corto y las llaves de las puertas. Ya tú sabes entretener los trabajos de una soledad, que allá cerrada, tal vez solías desmentir melancolías muchas tardes. Bueno está.
 DOÑA JUSEPA: Sí, mas esta casa es nueva.
 DOÑA BERNARDA: ¡Guarda el duende, no te espante!
 POLONIA: (A Doña Jusepa aparte.) A la cueva a ver tu amante.
 DOÑA BERNARDA: Ven.
 POLONIA: (A Doña Jusepa aparte.) A la cueva, a la cueva.
 (Vanse Doña Bernarda y Polonia.)

ESCENA X

DOÑA JUSEPA

DOÑA JUSEPA:

Estas novenas de hogaño suelen volver intereses novenas de nueve meses cuando las hace el engaño. Vislumbres muestra de amor esto que la inquieta el seso. ¡Plega a Dios que al Buen-Suceso no vaya del sangrador! Que en Madrid alivia penas si fe a fábulas dar quiero, en las damas el acero, y en las viudas las novenas.

(Acaba de oscurecerse el teatro.)

ESCENA XI

SANTAREN, DOÑA JUSEPA

SANTAREN:

(Asomándose por una puerta.) ¡Jusepita!

DOÑA JUSEPA:

¡Ay, Dios! ¿Quién es?

SANTAREN:

¡Jusepa!

DOÑA JUSEPA:

¡Jesús! ¿Desmayo...

SANTAREN:

¿Entro?

DOÑA JUSEPA:

¿Quién es?

SANTAREN:

(Saliendo.) Un lacayo buhonero y portugués. Yo apostaré que creyó que era trasco.

DOÑA JUSEPA:

¡Ay, Dios! ¡Qué susto me diste!

SANTAREN:

Parando en gusto no la matará. Salió la viuda con su mastina. (A Polonia llamo así.) Desde mis puertas la vi que los pasos encamina hacia la calle Mayor: atrevime por la cueva a hacer esta chanza nueva. En ella está mi señor más tierno y más derretido que una vela en el verano: si le da pena el anciano, déle ya por despedido. Baje, pues tiene ocasión, y concluya esta partida; que yo estaré a la subida para darles avisón cuando dé vuelta el mongil, y no lo echará de ver.

DOÑA JUSEPA:

¡Jesús! ¿Eso había de hacer?

SANTAREN:

¡El melindríco damil! Si temiere un romadizo por la humedad del conduto, nuestro aposento esta enjuto, sírvase del pasadizo, y acójanse allá los dos.

DOÑA JUSEPA:

¿Yo a posada que está abierta para todos?

SANTAREN:

Buena puerta tiene la sala; por Dios, que, si vuesarcé se tarda y da en reparar en eso, ha de sufrir a un Don Puesto de su matrimonio albarda, porque diz que viene ya: la ocasión, si es cuerda, doce.

DOÑA JUSEPA:

¿Y si alguno me conoce?

SANTAREN:

Eso prevenido está. A Lisboa ha de enviar mi amo un bravo vestido a su hermana, que ha tenido nuevas que se ha de casar; y las joyas que la dió a vuesa merced ayer para ella habían de ser. Conforme esto, dico yo que a lo portugués vestida cuando alguno allá subiere (que no hará) como la viere en sebosa convertida, no ha de poder conocerla.

DOÑA JUSEPA:

¡Sí, pero, ¿mi honor y fama?...

SANTAREN:

Es mi señor una dama. Pues, ¿él había de ofenderla?

DOÑA JUSEPA:

Temo la desenvoltura de una ocasión licenciosa.

SANTAREN:

No pretende mi amo cosa si no es por mano de cura. Tiempo perdemos: ¿qué espera?

DOÑA JUSEPA:

Herrana, quien desazona las edades, ocasiona a lo que no se atreviera mi honor para libertalle.

SANTAREN:

Sotanitos de Madrid, jericonzas encubrid con las trampas de una calle.

(Vanse.)

(Sala en la posada).

ESCENA VII

DON FERNANDO, MARI-RAMIREZ

DON FERNANDO: Esta vez, huésped mía, nos saca vuestra posada maridos.
 MARI-RAMIREZ: Y yo fiada en ella desde este día pongo en la table de afuera: "Quién se quisiere casar aquí se puede apear, que hay cueva casarentera". ¡Mucho me debéis los dos!
 DON FERNANDO: No os quejaréis de la para como esta noche se haga nuestra boda.
 MARI-RAMIREZ: ¡Plega a Dios!
 DON FERNANDO: ¿Subió ya doña Jusepa?
 MARI-RAMIREZ: Por ella fue Santarén.
 DON FERNANDO: Y tras mi viuda también Alvarado; porque sepa a qué puede a tales horas salir mujer que de día tan retirada se cría.
 MARI-RAMIREZ: Nocturnas madrugadoras son en Madrid las más dellas; discurso en sus tocas hago que es camino de Santiago nevado y lleno de estrellas; de noche todo arrebol, todo clausura de día; que estrellas e hipocresía buscan sombras y huyen sol.

ESCENA VIII

ALVARADO. Dichos

ALVARADO: No tienes que dudar ya; la viuda es una bendita. Rezando humilde y contrita en el Buen-Suceso está.
 DON FERNANDO: Eso sí, necia sospecha.

ESCENA XIV

SANTARÉN. Dichos

SANTARÉN: Esto va bueno.
 DON FERNANDO: ¿Y la niña?
 SANTARÉN: La más bella sehoñía que vió el amor, viene hecha. El vestido que a su hermana tuvo mi amo dedicado le viene pintiparado; no hay más linda lusitana. Vistióse en un santiamén. Y hecho un almíbar de amor, sube con ella señor. Fiesta y colación prevén, porque yo entre tanto atisbe tu viuda.
 (Vanse SANTARÉN y ALVARADO.)

MARI-RAMIREZ: No malograrán su amor, si esta cueva hallaran los lobos Piramo y Tisbe.

ESCENA XV

DOÑA JUSEPA de portuguesa; DON DUARTE. DON FERNANDO, MARI-RAMIREZ:

DON DUARTE: No tenéis que recelar que en sujetos cortesanos favores atan las manos y os tengo de respetar más estando en mi poder que en el de Doña Bernarda.
 DOÑA JUSEPA: De vuestra nación gallarda más me puedo prometer; que hasta la envidia confiesa en términos de hidalguía, que a tener la cortesía patria, fuera portuguesa.
 DON FERNANDO: Y vos lo parecéis tanto fuera del traje que honráis, Jusepa hermosa, que dais juntamente amor y espanto.
 MARIA-RAMIREZ: Estále que es maravilla, no vi jamás gracia igual: si amor nació en Portugal ya es portuguesa Castilla. ¡Qué bien le dice el tocado!

ESCENA XVI

DOÑA BERNARDA con manto. DICHOS

DOÑA BERNARDA: Polonia, a esa puerta aguarda.
 DOÑA JUSEPA: (Ap. con el portugués.) ¡Ay, cielos! ¡Doña Bernarda!
 DON DUARTE: Pues, ¿de qué tenéis cuidado si a ser mi esposa venís?
 DOÑA JUSEPA: ¡La esclava sin duda ha sido, cielos, quien nos ha vendido!

DOÑA BERNARDA:

(A DON FERNANDO.) Hídalgamente cumplís la palabra, caballero, hoy prometida y quebrada: amor cobra a la posada la dama que vi primero. ¿Qué importa que no se sepa la suya, si en tal empleo?... ¡Jesús mil veces! ¡Qué veo? ¿Qué es esto, Doña Jusepa? ¡Tú aquí! ¿Qué desenvoltura tu recato profanó? ¿Quién las llaves falseó de nuestra rota clausura? ¿Por dónde salir pudiste? ¿Si me dejé acaso abierta, inadvertida, la puerta? ¿Cómo a esta casa viniste? Habla, liviana, traidora, afrenta de tu linaje. ¿Quién te ha puesto en este traje?

DOÑA JUSEPA:

¿Qué é isto? ¿Vindes, senhora, douda? Naon vindes en vos. Don Duarte, ¿qué mulher é ista? Deve de ser vossa obrigacaon.

DON FERNANDO:

(Ap.) ¡Por Dios, que parece portuguesa!

DON DUARTE:

(Ap.) ¡Hay más gracia! ¡Hay mayor sal!

DOÑA JUSEPA:

¿Eu venho de Portugal para ouvir parvuicas?

DOÑA BERNARDA:

Cesa, emaidora; pues, ¿tú a mí embelecós y lenguajes que no entiendo? ¿Tú esos trajes? ¿Quién te enseñó a hablar así? Nacida en Guadalajara y ya en Madrid portuguesa! Lo que tu lengua confiesa desmintiendo está tu cara. En vano negar presumes lo que el alma y ojos ven.

DOÑA JUSEPA:

Os horrofos de amor tem. ¿Contra quem saon os quejures? Don Duarte, botalda fora, e si naon, irme-é de aquí.

DOÑA BERNARDA:

Burla está haciendo de mí.

DON DUARTE:

Reparad en vos, señora. Dos veces habéis venido a esta posada, y las dos contra el crédito que en vos vuestra cordura ha tenido, ya escrupulosa, ya humana, nuestra casa alborotáis.

DOÑA BERNARDA:

¡Traidores! ¿Pues me usurpáis con embelecós mi hermana?

DON DUARTE:

¿Qué hermana? Esta es la condesa de Ficallo.

DOÑA BERNARDA:

¿De Fí... quién?

DON DUARTE:

Que en fe de quererme bien, aunque tal valor profesa, viene de Lisboa, viendo que allá tan presto no iría, a ser mi esposa.

DOÑA BERNARDA:

¿En un día tanto engaño? ¿Estoy durmiendo? ¡Burladores! ¿Soy yo loca para creer desatinos?

DON FERNANDO:

No alteréis, ojos divinos, pues es la causa tan poca, la casa.

DOÑA BERNARDA:

¡Tal oigo y callo! ¿Yos también! ¡Qué acción villana! ¿Hacéis condesa a mi hermana.

DON FERNANDO:

La condesa es de Ficallo: tratalda, señora, bien.

DOÑA BERNARDA:

¿Qué condesa o qué locura? Polonia, esclava, asegura tú lo que mis ojos ven: entra acá.

ESCELA XVIII

POLONIA. Dichos

POLONIA:

(Ap.) Temblando voy.

DOÑA BERNARDA:

¿No es ésta Doña Jusepa?

POLONIA:

¡Jesús! En nada discrepa della.

DOÑA BERNARDA:

Y, ¿diránme que estoy sin juicio?

POLONIA:

¡Hay cosa igual! Su imagen tengo delante; no vi cosa semejante en mi vida. Una señal tiene que la diferencia.

DOÑA BERNARDA:

¿Cómo, perra?

POLONIA:

Bien que es poca: un sí o no es mayor la boca.

DOÑA BERNARDA:

¡Mientes.

POLONIA:

La circunferencia de cara el engaño enseña, aunque algo le corresponda; señora es carirredonda; pero esta es cariaquileña.

DOÑA BERNARDA:

Yo, traidores, desharé lo que entre vosotros pasa. ¡Embaidora! ¿¿entro en casa con llave no te dejé? Pues si en ella no te hallo, ¿diréis que esto es frenesí?

DON DUARTE:

Id, y veréis que está aquí la condesa de Ficallo.

POLONIA:

Muesa merced quedará desengañada y corrija.

DOÑA BERNARDA: ¡Loca estoy, estoy perdida! Ven, perra; vamos allá: Quédate tú aquí, embaidora.

DON FERNANDO: ¿Queréis que os acompañemos?

DOÑA BERNARDA: Déjenme.

DON CUARTE: Con vos iremos.

DOÑA BERNARDA: No ha de ir nadie.

DON FERNANDO: Pues, señora, andad con Dios, y de mí pensad que nunca es engaño.

DOÑA BERNARDA: Perdida voy...

(Vanse DOÑA BERNARDA y POLONIA.)

DON CUARTE: ¡Cuento extraño!

DOÑA JUSEPA: Atájola por aquí y múdome este vestido; proseguid vos vuestro amor.

DON CUARTE: Vamos, mi bien.

(Vanse DOÑA JUSEPA y DON CUARTE.)

DON FERNANDO: ¿Hay mejor suceso?

MARI-RAMÍREZ: ¡Jamás he oído cuento ni cosa más nueva! Mas ya en casos semejantes para Teseos amantes hay laberinto en mi cueva, que ha de dar con mil sobornos, lo que en él buscando van.

DON FERNANDO: ¡Miren la ocasión que dan los sótanos y los tornos!

ESCENA XVIII

SANTARÉN, DON FERNANDO, MARI-RAMÍREZ

SANTARÉN: No se dió mejor mamola en el mundo; la muchacha todo su temor despacha, y en un momento ella sola quitó el portugués pellejo y del suyo se vistió, estnado de posta yo en aquel postigo viejo. Subió arriba y ya la viuda abriendo estaba la puerta. Dice que estemos alerta para acudir a su ayuda, si es que fuere menester: que es temeraria su hermana.

DON FERNANDO: Amor, esta casa allana, si es que algún bien me has de hacer.

SANTARÉN: Vamos: a espiarla torno. Gocemos de la ocasión, pues amor da la invención por el sótano y el torno.

(Habitacion de DOÑA BERNARDA.)

ESCENA XIX

DOÑA JUSEPA en su primer traje, y luego DOÑA BERNARDA y POLONIA

DOÑA JUSEPA: ¡Ún no acabo de admirarme de la noble cortesía del ilustre portugués, ¡Con qué amor! ¡Con qué hidalguía ha procedido! En extremo a quererle bien me obliga su talle y su proceder.

DOÑA BERNARDA: (Dentro.) Abre esas puertas.

DOÑA JUSEPA: ¡Qué linda burla se traça mi hermana!

(Siéntase a labrar.)

DOÑA BERNARDA: (Dentro.) ¡Sin seso vengo y perdida!

POLONIA: (Dentro.) Ahora verá su engaño vuesa mercé.

DOÑA JUSEPA: La almohadilla tomo; y para que mejor con mi engaño se prosiga, labrando y cantando agora procuraré divertirla.

(Canta.) Hoy el rey no me ha hablado; miróme de mala quisa; dejáronme venir solo los grandes que me seguían.

(Salen DOÑA BERNARDA y POLONIA.)

POLONIA: (Hablando con su ama a la puerta.) ¿Está vuesarced contenta?

DOÑA BERNARDA: ¡Jesús! ¡Santa Catalina! Ahara digo que estoy loca, si no estoy dormida.

POLONIA: Repare vuesa merced en esta fisonomía y verá la diferencia de la dama parecida. Mire esta aguileña cara, las rosas de estas mejillas, los rasgos de aquellos ojos, la nariz no tan prolija, y conocerá su engaño.

ESCENA XX

SANTILLANA. Dichos

SANTILLANA: Albricias.
DOÑA BERNARDA: ¿Qué tenemos?
SANTILLANA: Al señor en Madrid.
DOÑA BERNARDA: ¿Cómo?
DOÑA JUSEPA: ¡Hay tal prisa!
SANTILLANA: Ahora acaba de apearse en un mesón; y hasta el día no quiere venir a casa, ni hacer de noche visitas. Acostóse, porque el mal de la ijada y de la orina le trae enfermo; y Don Luis, señora, con él venía.
DOÑA BERNARDA: ¡Bendito sea Dios, amén! Que estas cosas me tenían con mil cuidados, Jusepa, que de guardarte me libran. Ya tu marido está cerca.
DOÑA JUSEPA: ¿Y muy cerca, hermana mía?
SANTILLANA: Sí, que en la calle de Atocha en el mesón de la Oliva se apeó.
DOÑA JUSEPA: ¿Más cerca está.
DOÑA BERNARDA: ¿Cómo?
DOÑA JUSEPA: Aquellas celosías fronteras habita quien mi libertad tiraniza.
DOÑA BERNARDA: Jusepa, ¿quieres que vuelva a perder el seso?
DOÑA JUSEPA: Envidias de mi ventura quizá a envejecerme te animan.
DOÑA BERNARDA: Harás lo que yo quisiere o quitaréte la vida.
DOÑA JUSEPA: ¿Eres tú mi madre, acaso?
DOÑA BERNARDA: ¿Tú me hablas así, atrevida?
DOÑA JUSEPA: Bien puedo, que estoy casada.

ESCENA XXI

DON DUARTE, DON FERNANDO, SANTAREN, MARI-RAÍREZ. Dichos

DON DUARTE: Es verdad, esposa.
DOÑA BERNARDA: ¡Quita!
DON FERNANDO: Don Duarte es ya su esposo.
SANTAREN: Soy testigo.
MARI-RAÍREZ: Y yo testiga.
DOÑA BERNARDA: ¡Qué es esto, cielos! ¿Por dónde entrastes?
SANTAREN: Por una mina, que en el sótano baraja mil amorosas pandillas.
DOÑA BERNARDA: ¡Hay perdición semejante! Luego, ¿no mintió mi vista?
DOÑA JUSEPA: ¿Tú fuiste la portuguesa?
DOÑA BERNARDA: Yo fui la condesa misma de Ficallo, hermana.
DOÑA JUSEPA: ¿Hay tal? ¡Y la perra berberisca que en chilindrinas me hablaba!...
POLONIA: Todo amor es chilindrinas.
DON DUARTE: Señora, pues que veis ya que amor estas cosas guía, de Don Fernando premiad las finezas excesivas. Su renta es seis mil ducados y su sangre la más limpia de Aragón; su amor es grande, su edad, ya la veis vos misma. En otros diez mil ducados.

- DOM FERNANDO: Si os obliga la voluntad y el amor que es tengo desde aquel día que vi en mis brazos el sol dando a sus rayos envidia; de mi alma y de mi hacienda que ya a esos pies se dedica seréis absoluto dueño, como esos claveles digan que admitiréis por esclavo al que por dueño os estíma.
- DOM DUARTE: Vuestro cuñado os lo pide.
- MARI-RAMÍREZ: La toquera os lo suplica.
- SANTAREN: El buhonero os lo ruega.
- OLONIA: Y la esclava de rodillas.
- SANTILLANA: Santillana lo desea, el niño amor os lo alía, vos queréis, Dios os lo da y San Pedro os lo bendiga.
- DOÑA BERNARDA: Decir a tantos que no ya fuera descortesía. Mucho pueden humildades. Vuestra esclava soy indigna.
- DOM FERNANDO: El alma os doy con la mano.
- SANTAREN: ¡Vitor, vitor la viudilla!
- DOÑA BERNARDA: Quédese aquí Santillana, porque a Don Gómez le diga, cuando venga, que el amor estas cosas encamina; porque el aguardalle aquí me parece que sería necedad o atrevimiento.
- SANTILLANA: Vuesa merced imagina bien, que yo le contaré todas estas maravillas.
- DOÑA JUSEPA: Tu esclava soy.
- DOÑA BERNARDA: Yo tu hermana.
- DOM DUARTE: Yo vuestro esposo.
- OLONIA: Y, ¿podría decir yo que horra?
- DOÑA BERNARDA: Sí.
- SANTAREN: Y yo, pues tu amor me prinça, soy tuyo.
- DOM FERNANDO: Vuestro remedio corre ya por cuenta mía.
- DOM DUARTE: Yo a Mari-Ramírez doy esta cadena.
- DOM FERNANDO: Esto sirva de entretener solamente; no por que haya estas malicias, que por El sótano y el torno Tirso escribe, mas no afirma.

FIN DE
POR EL SOTANO Y EL TORNO

Departamento de Drama
4 de marzo de 1983

brr

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS